

LA NOVELA DE LA REVOLUCION MEXICANA

Por

LUIS ARTURO CASTELLANOS

I

Dentro del conjunto de creaciones de la novela hispano-americana, el grupo de los narradores de México que han buscado tema en la Revolución es uno de los más poderosos y llenos de interés. La misma experiencia generacional los aúna en una serie de caracteres comunes, que se imponen a pesar de las diferencias ideológicas. Tal experiencia está dada por el estallido del movimiento insurreccional de 1910 y sus sucesivas etapas de éxitos y de frustraciones.

Después de un largo gobierno de Porfirio Díaz, que en repetidas reelecciones llegó a prolongarse por más de veinticinco años, en 1910 estalló un movimiento revolucionario encabezado por Francisco Madero que, con su Plan de San Luis de Potosí, reclamaba "sufragio efectivo, no reelección". No había, en esas simples consignas, el profundo sentido social que la revolución tomaría de inmediato, cuando comenzaran a aparecer caudillos surgidos de la entraña popular, como Doroteo Arango —que haría famoso su seudónimo de Pancho Villa— y Emiliano Zapata, el líder agrario del Estado de Morelos.

Las estructuras del régimen porfirista se cuartejan; el ejército federal no puede detener el avance de los guerrille-

ros revolucionarios y, con la renuncia del dictador, después de los pactos de Ciudad Juárez, se instaura un gobierno provisorio que había de presidir las nuevas elecciones. Claro está que, en definitiva, esta primera sacudida revolucionaria no había modificado la estructura social imperante, porque dejaba intactas las fuerzas que habían sostenido a la dictadura. Un hombre que había pertenecido al régimen, pero que se había entregado fervorosamente a la causa de Madero, un estadista que luego tendría importancia trascendental en los destinos revolucionarios, Venustiano Carranza, dijo entonces: "La revolución que transa, es revolución perdida". Los hechos se encargarían de darle la razón, porque la generosidad de Madero en Ciudad Juárez sería pagada con el crimen.

Cuando se realizan las elecciones generales que preside el gobierno provisorio, triunfa, con adhesión popular nunca registrada hasta entonces, el binomio Madero-Pino Suárez. Al hacerse cargo aquél de la Presidencia, una de las decisiones primeras fue licenciar a las fuerzas revolucionarias; las conceptuaba ya innecesarias, porque el viejo ejército federal, las tropas regulares de la Nación, serían el sostén de las autoridades constituidas. La decisión había de serle fatal.

Algunos jefes revolucionarios, como Orozco y Zapata, se negaron a licenciar a sus hombres. El caudillo de Morelos dice que sólo lo hará cuando las tierras sean entregadas a los campesinos. Y pronto juzgará a Madero traidor a la Revolución y lanzará su famoso plan agrario, el de Ayala, así como Orozco, por su parte, ofrecerá el Plan de la Empacadora.

En el año 1913 la situación tiene un vuelco. Después de algunos intentos fallidos de los partidarios del antiguo régimen, estalla una revuelta en la propia ciudad de México, sede del gobierno, que es encabezada por los generales Reyes y Félix Díaz, sobrino del derrocado dictador. Es la decena trágica, durante la cual se lucha en las calles de la capital, aunque la prolongación del conflicto, que pudo ser dominado sin esfuerzos mayores, obedecía a causas profundas. El jefe de

las fuerzas de represión, miembro de aquel ejército federal y regular en cuya fidelidad a la ley confiaba Madero, Victoriano Huerta, pacta con los rebeldes —pacto realizado con la anuencia del embajador de Estados Unidos, a espaldas de su propio gobierno, y en el local de la Embajada— y el resultado es el ascenso del mismo Huerta al gobierno, facilitado por el Congreso (al que se amedrenta con la amenaza de la intervención extranjera). Sigue a ello el asesinato alevoso de Madero y de Pino Suárez, que habían renunciado a sus investiduras.

Se abre así una nueva etapa, mucho más sangrienta que la anterior, en el proceso revolucionario. La autoridad del usurpador es desconocida por algunos jefes de Estados. Carranza, que lo era de Coahuila, se designa primer jefe del Ejército Constitucional y encabeza la lucha contra Huerta. Excepto Orozco, que traiciona a la revolución de 1910, todos los hombres de ésta se unen a la nueva cruzada: Villa, que reaparece en el Norte, y Zapata, incansable en su prédica campesina. Huerta es derrotado y debe huir; la Revolución, triunfante, empieza a deshacerse en las luchas de predominio entre sus mismos jefes. Villa y Carranza chocan y se separan para siempre; Zapata vuelve a quedar aislado en su fortaleza de Morelos, hasta su asesinato en 1919. Y Carranza, después de eliminar obstáculos, pasa a ejercer el Poder Ejecutivo y es designado presidente para el período de 1916 a 1920. El mismo Carranza es quien institucionaliza la Revolución, con la Constitución de 1917.

Esa Constitución recoge las principales realizaciones logradas ya por la Revolución mexicana, y sus proyectos para futuros avances. Así, en el artículo 27, no solamente alude a las soluciones de la cuestión agraria, sino a otro problema no tratado todavía por nadie: el de la nacionalización de la propiedad del subsuelo, que se declara inalienable e imprescindible.

En el artículo 123 del texto constitucional se echan las

bases de la legislación obrera vigente desde entonces, y hasta hoy, en la nación mejicana.

Y el artículo 130 fija la política gubernamental en materia religiosa, y la relación con los ministros del culto. Este artículo iba a traer, como lamentable resultado, la persecución religiosa de 1926-29; fue ella la consecuencia directa de la infiltración en las filas revolucionarias del sectarismo del Partido Liberal, que en su programa de 1906 propiciaba postulados como los siguientes:

“Los templos se consideran como negocios mercantiles, quedando, por tanto, obligados a llevar contabilidad y pagar las contribuciones correspondientes”. “Nacionalización, conforme a las leyes, de los bienes raíces que el clero tiene en poder de testaferros”. “Supresión de las escuelas regentadas por el clero”.

También el artículo 27 había de despertar la oposición directa y la encubierta, de las empresas y de los consorcios petroleros de que éstas dependen.

Tan enormes intereses económicos fomentaron rebeliones, tuvieron a su servicio jefes militares que las organizaran y encabezaran, para tratar en toda forma de frustrar la política de nacionalización que llevó a cabo, al fin, el presidente Cárdenas.

Todo este proceso, unido a otros mil, estará presente en la novelística de la Revolución.

II

Hemos tenido que comenzar con una esquemática visión del conjunto de los sucesos políticos y sociales, porque todos ellos latan en las narraciones del grupo de artistas que han dado a México lugar de preeminencia en el arte de la novela. Y porque así entendemos mejor el porqué de las diversas posiciones con respecto a cuándo y cómo termina el ciclo re-

volucionario. Hemos dicho ya, en un trabajo sobre Azuela: "Hay quienes cierran la historia de la Revolución mexicana con el asesinato de Venustiano Carranza en Tlaxcalantongo; otros podrían ver su fin al alcanzarse la paz religiosa durante el interinato de Portes Gil; unos terceros con la nacionalización del petróleo por Lázaro Cárdenas, el más fecundo también de todos los gobernantes mexicanos en cuanto al proceso de la revolución agraria, con la entrega de tierras a las masas rurales. Y, por último, no pocos pensamos en que ninguna revolución termina definitivamente, y en que la mexicana sigue su marcha, y no podrá darse por cumplida mientras persistan irritantes diferencias sociales, con condiciones de miseria para vastos sectores".

Vamos, pues, ahora, a referirnos a algunos de los aspectos de esta novelística de la Revolución, cuyos caracteres comunes queremos definir primeramente. Se ha dicho que el primero de ellos (la opinión pertenece a Antonio Castro Leal, titular de la cátedra sobre "La novela de la Revolución mexicana" en la Universidad Nacional de ese país) es la condición de novelas con reflejos autobiográficos. Ello se advierte en libros como "Los de abajo", de Azuela; "El águila y la serpiente", de Guzmán; el "Ulises criollo", de José Vasconcelos; "Las manos de mamá" y "Cartucho", de Nellie Campobello; "Memorias de un lugareño", de José Rubén Romero; "Tropa vieja", del general Urquiza; "La virgen de los Cristeros", de Fernando Robles, por mencionar sólo algunos nombres de tendencias bien disímiles.

Otro carácter distintivo es el de ser novelas de cuadros y visiones episódicas, es decir, muy sueltas, poco armadas argumentalmente, a modo de estampas o fogonazos de cámara fotográfica. Ello es válido para gran parte de Azuela, para Campobella, para Vasconcelos, para Romero; sólo parcialmente para Guzmán; acaso menos para Mancisidor o Magdaleno, cuyos libros tienen una línea argumental bien precisa, a veces.

Por último, los dos caracteres que restan, en la opinión mencionada de Castro Leal, son los de expresarse como novelas de esencia épica y de afirmación nacionalista. Vale la pena detenerse en este último aspecto.

III

El sentimiento nacionalista es muy fuerte en toda la América Hispánica; en México, con la vecindad de Estados Unidos, toma fuerza indudablemente incontrastable. Toda la Revolución tuvo ese carácter bien marcado, y se prueba en mil detalles, pero sobre todo en la energía con la que Carranza defendió la soberanía de su país frente a los peligros de intervenciones yanquis, como podemos comprobarlo con la lectura de documentos de la "Historia diplomática de la Revolución mexicana", de Isidro Fabela, miembro del departamento de Relaciones Exteriores durante el gobierno de don Venustiano. Fuera cuales fuesen los errores cometidos por los jefes de la revolución, nadie podrá en justicia negarles un firme sentimiento de patria, que los une a todos, por encima de disensiones y conflictos internos.

Hay en todo esto una clara trayectoria, que define también la actividad española, la tradición hispánica en los mejores de sus hombres. Recordamos, al respecto, la carta de Jovellanos al general Sebastiani, en que responde a las afirmaciones del jefe francés sobre los fines que sus tropas pretendían alcanzar en España, y le dice: "En fin, señor general, yo estaré muy dispuesto a respetar los humanos y filosóficos principios que, según decís, profesa vuestro rey José, cuando vea que ausentándose de nuestro territorio reconoce que un país cuya desolación se hace en su nombre por vuestras tropas, no es el campo más propicio para desplegarlos". O cuando afirma: "No lidiamos, como pretendéis, por la Inquisición, ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de

España; lidiamos por los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra religión, nuestra Constitución y nuestra independencia.

Es decir, que sin discutir los méritos que Francia pueda acreditar en cuanto a la práctica de los derechos del hombre, exige que España pueda cumplir el ciclo por sí, sin interferencias extrañas, y reclama que los problemas de los españoles los resuelvan los españoles mismos.

No de otro modo procede Carranza ante hechos como la ocupación de Veracruz por la infantería de marina norteamericana, aunque esa decisión del presidente Wilson se hubiera adoptado con la mira de apoyar a la revolución, para impedir el desembarco de armas alemanas destinadas al usurpador Huerta y para tomar reparación de los sucesos de Tampico. Las palabras de Carranza son claras y enérgicas: "...interpreto los sentimientos de la gran mayoría del pueblo mexicano, que es tan celoso de sus derechos como respetuoso de los derechos ajenos, y os invito a suspender los actos de hostilidad ya iniciados, ordenando a vuestras fuerzas la desocupación de los lugares que se encuentran en su poder, en el puerto de Veracruz, y a formular ante el gobierno constitucional del estado de Coahuila y jefe del ejército constitucionalista, la demanda del gobierno de los Estados Unidos originada por sucesos acaecidos en el puerto de Tampico, en la seguridad de que esa demanda será considerada con un espíritu de la más alta justicia y conciliación".

Rechazada de esa manera el desafuero cometido por el presidente Wilson, aunque al parecer pudiera serle útil. Por cierto que no fue así y que la agresión de Veracruz permitió a Huerta asumir la posición, mentida, de defensor de la soberanía mexicana atacada por los Estados Unidos, e intentar el esfuerzo de reunir detrás de sí a sus compatriotas.

Por lo demás, algunas actitudes y ciertos artículos de la prensa yanqui, parecían destinados a fomentar el odio de los mejicanos contra la nación vecina, cuya falta de tino ha sido

causa, muchas veces, de males irreparables. Sobre ello volvemos luego, al ocuparnos de "El Rey Viejo", la notable novela de Fernando Benítez.

Esa firmeza que mostró Carranza en 1914, cuando el caso de Veracruz, volvió a ponerla de manifiesto dos años después, en 1916, en momentos en que el gobierno de Wilson había ordenado el paso de la expedición punitiva del general Pershing para perseguir a Villa después del asalto de Columbus.

Y cabe decir que, en ambas ocasiones, logró la rectificación de su arbitrariedad por las autoridades norteamericanas. Y eso que, en determinados momentos, la tensión era tremenda. Baste citar, al respecto, el telegrama que Carranza dirigió, desde la ciudad de México, el 19 de mayo de 1916, a los generales Alfredo Ricaut, en Matamoros, y Reynaldo Garaza, en Nuevo Laredo.

Ambos mensajes, decían: "Si fuerzas americanas cruzan la frontera a nuestro territorio por cualquier punto de la línea que tiene a su cargo, ordenará usted que desde luego sean batidas. Salúdalo afectuosamente. V. Carranza (citados por Alberto Salinas Carranza, "La expedición punitiva").

IV

La clara pasión por la soberanía de su país, el limpio nacionalismo que constituye uno de los más preciados tesoros de Hispanoamérica, constante en los mejores hombres de la Revolución, se espeja de manera cabal en la novelística revolucionaria, desde la que fue casi contemporánea de los sucesos hasta la de nuestros días. En esto un marxista como Mancinador coincide con un católico como Fernando Robles; y "Frontera junto al mar" se hermana con "La virgen de los Cristeros".

Ese sentido nacional pocas veces se ha expuesto con más conmovedora fuerza que en el capítulo de “El águila y la serpiente”, la maravillosa crónica novelada de Martín Luis Guzmán, en que cuenta la entrada en México del narrador y sus compañeros, para ir a engrosar las columnas revolucionarias: “Ir de El Paso, Texas, a Ciudad Juárez, Chihuahua, era, al decir del licenciado Neftalí Amador, uno de los mayores sacrificios —¿Por qué no también una de las mayores humillaciones?— que la geografía humana había impuesto a los hijos de México que andaban por aquella parte de la raya fronteriza. Mas es lo cierto que esa noche, al llegar de San Antonio, Pani y yo sufrimos la prueba con un fondo de alegría donde retozaban los misteriosos resortes de la nacionalidad: cntregándonos a la íntima afirmación —allí palpable, actuante, profunda— de que habíamos nacido dentro del alma de nuestra patria y de que habríamos de morir en ella.

El espectáculo de Ciudad Juárez era triste: triste en sí, más triste aún si se le comparaba con el alíño luminoso de la otra orilla del río, extranjera o inmediata. Pero si frente a él nos ardía la cara a todo rubor, eso no obstante, o por eso tal vez, el corazón iba bailándonos de gozo conforme las raíces de nuestra alma encajaban, como en algo conocido, tratado y amado durante siglos, en toda la incultura, en toda la mugre de cuerpo y de espíritu que invadía allí las calles. ¡Por algo éramos mejicanos! ¡Por algo el siniestro resplandor de las escasas lámparas callejeras nos envolvía como pulsación de atmósfera que nutre!”.

Y el lector siente esa misma emoción patriótica, ese asumir el destino, la suerte, los vicios y las virtudes del ser hispanoamericano, y rechaza el progresismo elemental y materialista de Neftalí Amador, como Unamuno o Azorín rechazaban la europeización elemental y materialista que algunos propugnaban para España. Ese progresismo que le hace decir a Amador: “—Esto es un potrero. Cuando la Revolución gane lo limpiaremos. Haremos una ciudad nueva: nueva y

mejor que la de la otra orilla del río". Palabras en las que no late ese algo entrañablemente humano, ese algo hecho de emoción dulcísima que hay en Guzmán a cada paso, aún en la más leve frase: "transitaban, rozándonos, prostitutas ruines—feas y dolientes si eran mejicanas; feas y desvergonzadas si eran yanquis".

Algunos pasajes de dos obras antes mencionadas, "Frontera junto al mar" y "La virgen de los Cristeros", probarán todavía mejor cómo ese sentido de lo nacional vibra en todas las novelas, las nutre y las anima. En "Frontera", la obra de Mancisidor, se evoca el episodio de Veracruz, cuando los marinos norteamericanos se apoderan de la ciudad, por la estúpida, aunque bien intencionada, decisión de Wilson. Entre el conjunto de personajes, trazados magistralmente por el autor, que desfilan en el libro, se destaca la figura de Chespiar, cuya personalidad domina el barrio del puerto en forma predominante. Chespiar es un anarquista romántico, generoso, como los que conoció la Argentina en los primeros años del movimiento obrero y que prolongaron su influjo hasta 1930.

Las opiniones de Chespiar son definidas y tajantes; al día siguiente de la muerte de Madero dice: "—¿El gobierno de Madero? ¡Qué más da! Yo no creo en los gobiernos, ni en las patrias, ni en ninguno de esos términos embusteros que algunos han inventado para medrar a la sombra y sobre el dolor y la miseria de los otros". Y luego: "—Mi patria está aquí, en este barrio cercado por tan limitadas y estrechas fronteras, y mi humanidad se encierra en las paredes que lo circundan. Estos pescadores hambrientos, con sus mujeres y sus hijos forman mi mundo, reducido y eterno a la vez. Tenga por verdad que esta miseria que usted descubre ensañándonos contra ellos, se reproduce a lo largo y a lo ancho de la superficie de la tierra. ¿Para qué he de salir de aquí? ¿Huerta? ¿Madero? Todos pertenecen a la misma calaña. ¿La patria? Escuche: La patria es esta realidad: el hombre devora-

do por el hombre; royéndole las entrañas como el buitre a Prometeo encadenado...".

Y ya inminente el desembarco de la marinería norteamericana, todavía Chespiar pontifica: "—¡El pueblo! ¡Qué le importa al pueblo esto! ¡El pueblo hará lo que tú y lo que yo! ¿No somos nosotros acaso el pueblo? Pregúntate tú, que has sido extorsionado por Huerta, lo que harás. ¿Qué nos va ni qué nos viene esto? Entre Huerta y los gringos no hay a quien escoger. Permaneceremos quietos. Que se acaben ellos, si quieren, entre sí: muy merecido se lo tienen!...".

Sin embargo, los sentimientos connaturales con el hombre, como el sentimiento de patria, están más allá de toda ideología. Y la actitud de Chespiar en el final del libro, cuando lucha contra el invasor, como todos, en un solo haz de voluntades heroicas, lo prueba de manera cabal. Sus palabras últimas son como un comentario sobre lo grotesco de las ideologías. Y la muerte, que lo hermana con tantos héroes anónimos, presta sentido definitivo a la existencia de este filósofo de la anarquía:

"—El hombre es un ser absurdo —exclamó Chespiar como para justificarse ante el Chumbelo que lo arrastraba ya lejos de allí. Se pasa toda su vida pensando en algo y cuando tiene que obrar porque las circunstancias lo reclaman, entonces olvida lo que ha pensado y obra contrariamente a sus decisiones". Y luego: "Ahora no me equivoco. Pude creer que me daría lo mismo que los gringos o los de Huerta ganaran la partida, porque no supe descubrir que por encima de Huerta y los mezquinos móviles que a aquéllos impulsan, está el pueblo... ¡El pueblo! Esa cosa indefinible a veces, intangible en otras, pero existente. ¡El pueblo!...". "Pasas junto a él todos los días, tú mismo eres parte del pueblo, y lo ignoras. Y sin embargo, contigo y sin ti, el pueblo existe. Está más allá de tu alegría y de tu dolor y de tu esperanza pasajera. El es lo inviolable y lo eterno y lo que grita, en las horas de amargura, la palabra salvadora. Lo sentí hoy, cuando vi es-

capar a los soldados de Huerta y aparecer, armados sin saber en dónde, a tantos hombres, a tantas mujeres, a tantos niños cuyos rostros, con serme familiares, me fueron desconocidos...”.

Todo el final de “Frontera junto al mar” está henchido de un soplo de heroicidad y epopeya que revela hasta qué punto Mancisidor, acaso tan teórico como Chespiar en su ideología de izquierda, se ha consustanciado con la hazaña multitudinaria del pueblo veracruzense. Y nos da pasajes de plena belleza, donde personajes que aparecen sólo en una página cobran una estatura que los hace inolvidables. Así el policía Gabino Vázquez, que surge y muere en el capítulo XIV. Marcha por la calle lleno de alegría. Acaba de ser padre y le han anunciado un ascenso. Entonces ve pasar a su lado hombres enloquecidos y ululantes y, tras ellos, un pelotón de marinos yanquis con las armas embrazadas. Da la orden de ¡alto!, y luego dispara su pistola contra los invasores. “Una descarga uniforme, a unos cuantos pasos de distancia, lo abatió en seguida. Su sangre, corriendo generosamente, fertilizó la tierra en que había nacido”.

En la obra del escritor cristero Fernando Robles, la figura de Carlos de Fuentes y Alba está también henchida de patriotismo, cargada de ideas de mejoramiento para el pueblo: “Veía en la miseria del peón mexicano el obstáculo más tremendo para el desarrollo del país; y creía que la tierra, después de preparado el campesino para poseer y trabajar con éxito, debía ser de quien vive en ella, de quien la ama cultivándola, mejorándola“. Y en la emoción de la llegada al país, lleno de esperanzas, y en la emoción de la partida final, cuando lo ha perdido todo, bienes, la mujer amada, hasta la patria misma, desangrada en atroz guerra civil, está latiendo ese amor a Méjico, que también se da en la biografía de José de León Toral, al que Robles llama “El santo que asesinó”.

Pero esa emoción de patria surge a cada paso en las novelas que estamos considerando: en pasajes insignificantes,

en meros detalles, aparece esa aversión al gringo, hermana de la que hace decir a Martín Fierro:

“Yo no sé por qué el gobierno
nos manda aquí a la frontera
gringada que ni siquiera
se sabe atracar a un pingo;
si creerá al mandar un gringo
que nos manda alguna fiera”.

Así, en “Cartucho”, de Nellie Campobello, Pablito, uno de los participantes del asalto villista a la población estado-unidense de Columbus, “como última voluntad pidió no morir frente a un americano que estaba entre la multitud”. Y en “Se llevaron el cañón para Bachimba”, Marecos Ruiz ordena a Abasolo, casi un niño, que fusile a un gringo. Y ante su ¿por qué?, aclara: “Porque es un extranjero que vino a matarnos por negocio, un filibustero, un criminal en cualquier parte del mundo”.

En libro más reciente, la excelente novela de Fernando Benítez, “El rey viejo”, hay una pasión de Méjico y una aversión al gringo, especialmente al yanqui, que nace, seguramente, de la experiencia acumulada con respecto a la incapacidad de comprensión que el extranjero muestra para entender los problemas mejicanos, a los que ve desde una suficiencia absurda de “civilizados”, que no pueden entender a ese pueblo que consideran “inferior”. Hasta un espíritu como el de Graham Green lo deja entrever en su “Caminos sin ley”.

La amargura crece en el corazón del protagonista, que creemos identificable en ese aspecto con el propio Benítez, frente a la visión que de la muerte de Carranza darán los periódicos del gran país del Norte. Y dice:

“En el exterior, quiero decir, en los Estados Unidos, que es todo el exterior que cuenta para Méjico, los comentarios sobre el asesinato se tiñen de una extravagancia peculiar. La oficina de *El Universal*, en Nueva York, ha mandado este ca-

ble: "En los círculos financieros de Wall Street ha sido recibida con júbilo la muerte del ex presidente, según notas publicadas por cinco reporteros de los más importantes diarios de esta ciudad, quienes en su sección financiera atribuyen al asesinato el alza que se notó en los valores mejicanos, especialmente los petroleros".

"Si en su página financiera el honorable *New York Times* se une al regocijo unánime de Wall Street, en su editorial titulado "La sangrienta traición mejicana", no oculta la preocupación que le causa el futuro de nuestro país. ¿Qué puede esperarse, en efecto de un pueblo acostumbrado a deshacerse de sus gobernantes por medio del crimen? ¿De un pueblo que produce en serie ilustres asesinados, en lugar de producir hojas de afeitar, automóviles o latas de conserva?

"El editorialista no logra reprimir su indignación cuando sentado frente a su máquina de escribir y teniendo a sus pies la ciudad de Nueva York medita sobre las reiteradas ofensas que ese país analfabeto causa a la civilización cristiana de la cual es uno de sus representantes y orgullosos defensores. Apenas ayer se le había perdonado a Méjico el asesinato del presidente Madero y ya vuelve a ocupar el banquillo de los acusados. De hecho, en los últimos diez años nunca ha dejado de ocuparlo y Occidente mira con horror y desprecio a ese criminal, cuya única industria parece consistir en la fabricación de cadáveres, con el agravante de la forma en que son fabricados, ya que esos crímenes carecen de dignidad y se ofrecen más bien como el producto de una bufonería, de algo destinado a la risa y a la burla de todos, de algo, en fin, que no tiene grandeza dramática, sino los caracteres de una comedia o de una ópera bufa". Y páginas después agrega al desdichado protagonista, tan grande en su pequeñez y en su cobardía: "Las injurias de los asesinos ahogaron la voz del rey viejo. El era la víctima elegida, el cordero que acudió por su voluntad al lugar del sacrificio, pero esta víctima ya no es otra cosa que un rey de burlas. Su lucha contra

la tiranía del espadón, su defensa de un río de petróleo, su esfuerzo heroico por devolverle a Méjico una dignidad siempre escamoteada, son apenas un incentivo para vilipendiarlo. En Nueva York hay regocijo. En Méjico sólo se escuchan las carcajadas del caudillo victorioso...”.

En este amargo retrato de lo que es el periodismo serio —no demasiado exagerado, por cierto —y de lo que es la visión cargada de retóricas declamaciones sobre el derecho afrentado, de los sucesos mejicanos, por la “opinión pública” de los Estados Unidos, se advierte el recuerdo de afrentosos artículos publicados realmente en ese país. Así, por mencionar uno, recordemos el que apareció en el *Mining et Engineering*, de Chicago, el 25 de abril de 1914, que transcribimos del libro de Isidro Fabela “Historia de la Revolución Mexicana” (tomo I, página 347), en algunos de sus párrafos más brutales:

“Méjico debe ser territorio de los Estados Unidos y sus habitantes ciudadanos norteamericanos.

La guerra que ha de purgar a Méjico de sus podridos sistemas de gobierno y de sus grandes turbas de bandidos faltos de todo respeto a la ley tiene ya proporciones considerables, y permítasenos confiar en que se impulsará con gran vigor y se llevará a feliz término. Las tareas que nos hemos impuesto y que tenemos por delante son inmensas. Está bien que nosotros digamos que nuestra lucha es solamente para eliminar a Huerta y que no sentimos enemistad alguna hacia el pueblo mejicano, pero, ¿creerá esto el pueblo de Méjico? ¿Lo creerán los llamados rebeldes? Indudablemente que no, porque no está en su naturaleza.

Una raza que en su mayor parte está compuesta de mestizos de indios y aventureros españoles, no puede fácilmente creer que peleamos por demostrarle nuestro amor. Durante siglos ha sido víctima de la opresión, de la superstición, de la degradación de todas sus autoridades. Y si sospecha de nuestros propósitos, no debe culpársele por ello.

Ahora bien, considerándonos sus enemigos, la nación se unirá para combatirnos. No nos hagamos ilusiones a este respecto. Aun aquellos que odian a Huerta se pondrán de su lado para pelear contra nosotros. Hoy o mañana, muy pronto nos encontraremos en guerra con Méjico. Sabemos qué clase de guerra será ésta. Tenemos experiencias análogas. La lucha no ha de ser muy larga; no durará los cinco años que piensan algunos; pero probablemente dure tres. Acabaremos la conquista prontamente, y entonces haremos por Méjico lo que hemos hecho por Cuba, por Puerto Rico y Filipinas: salvar al pueblo de sí mismo.

Nuestro deber es libertar al país del sistema empleado por ladrones, asesinos y cohechadores. El pueblo mejicano ha demostrado que no es bastante fuerte para gobernarse de una manera estable. Ahora que tomamos por nuestra cuenta el asunto, estamos obligados a garantizar al mundo que en lo sucesivo el gobierno de Méjico será conducido de un modo benéfico para los intereses del mismo pueblo y de los extranjeros que allá residan o hagan negocios. Sólo en estas condiciones podrá hacerse una transacción honrada sin temor de molestias.

Para llegar a esto debemos convertir a Méjico en territorio de los Estados Unidos y a los mejicanos en ciudadanos norteamericanos. Entonces aprenderán lo que significa vivir en un país libre y bajo un gobierno verdaderamente democrático”.

Después de leídos estos párrafos, ¿puede alguien extrañarse de la desconfianza contra el extranjero, contra el yanqui, en los novelistas de la Revolución?

¿Puede alguien extrañarse aún de la visión feística de “El alba en las simas”, de Mancisidor, donde evoca los días de la nacionalización del petróleo y las maniobras de las compañías extranjeras por impedirlo y derribar al presidente Cárdenas?

¿Cabe extrañarse hasta de cosas tan injustas como las

hipótesis que expone sobre el porqué de la "política de buena vecindad" de Franklin Delano Roosevelt?

V

Otro de los aspectos destacados de la novelística de la Revolución es el relativo al ímpetu vital, a la realización de la personalidad, al concepto de destino compartido y a la adhesión —nacida del sentido humano de la amistad y la admiración— hacia un jefe, un caudillo, un dirigente. Vamos a considerar estos aspectos.

Sabido es que un movimiento revolucionario, que rompe las estructuras formales de una organización social dada, ofrece salida a todas las fuerzas humanas que, por lo general, son reprimidas por la existencia del mismo cuerpo social. Y los hombres, que en lo hondo de sí sienten la mezquindad de sus destinos humildes, cotidianos, la chatura de sus formas normales de vida, encuentran posibilidad de expansión, de realizarse en plenitud vital. Sea para el bien, sea para el mal, la oportunidad está dada. Y mientras algunos desarrollan sus más altas fuerzas naturales y llegan a los extremos de la heroicidad y el sacrificio, otros desencadenan los instintos más primarios, los impulsos más salvajes. En la misma persona pueden darse ambas cosas. Sarmiento, en su retrato genial del "Tigre de los Llanos", ofrece notables antítesis entre los rasgos de brutalidad y los de generosidad y coraje en su héroe. Del mismo modo los novelistas de la Revolución mejicana, sobre todo al pintar la figura que de modo más inequívoco representa el desarrollo de los instintos vitales, Pancho Villa.

En "El águila y la serpiente", Martín Luis Guzmán nos presenta los casos más diversos en la actuación del jefe de la División del Norte. Así lo vemos proceder con fría y deshumanizada crueldad cuando, para procurarse dinero, fija de-

terminada suma que han de entregar los hombres pudientes de una localidad ocupada. Señala la hora en que deberán pagar, con intervalos de media, desde el primero al último de la lista. No paga el primero y es ahorcado. Los demás abren su bolsa. Cuando se le señala el error de haber puesto, para encabezar los forzados contribuyentes, a un pobre diablo que no tenía cómo conseguir el dinero exigido, Villa contesta con indiferencia "que era necesario matar a uno para que pagaran los otros". Y con esa impavidez condena a un pobre, para no perder de cobrarle a todos los que tienen.

Junto a eso, el momento en que Villa, que ha ordenado a uno de sus capitanes fusilar a todos los prisioneros que tomó, aunque ellos se habían rendido con promesa de respetarles la vida, se convence —por las palabras de Guzmán y de otros— de la enormidad de esa orden y está desesperado ante el telégrafo hasta que puede enviarse nuevo mensaje, y sabe, por la respuesta, que los prisioneros se han salvado.

Otro caso de ferocidad, ya en plena ficción, lo vemos en "Vámonos con Pancho Villa", de Muñoz, cuando mata a la mujer y a la hija de Tiburcio Maya, para que éste sepa "que ellas no van a pasar hambre, ni van a sufrir por tu ausencia", y para que aquél pueda seguirlo en sus nuevas andanzas de guerrilla. Tiburcio Maya, con su hijo varón, sigue al jefe, dispuesto a dar su vida por él...

Podría afirmarse que ninguno de los autores de esta novelística deja de rendir homenaje a ese personaje de leyenda, que en todos late la admiración. En Guzmán, que estuvo a su lado, que contribuyó a destruirlo —para seguir la política de Eulalio Gutiérrez, que facilitó así su derrota ante Obregón—, esa admiración aparece a cada paso en "El águila y la serpiente", sobre todo en ese final emocionante en que Villa le dice: "—No me abandone, licenciado; no lo haga, porque yo, créamelo, sí soy su amigo. ¿Verdad que no se va para abandonarme?". Y años más tarde le rinde tributo en esas *Memorias de Pancho Villa*, donde parece tomar forma el re-

mordimiento, y en cuyo prólogo afirma que Villa valía más, por su sinceridad, que todos los otros. Caso semejante es el de Azuela, en el final de "Las moscas".

Hasta el mismo Fernando Robles, cuyo padre fue muerto por una partida villista, rinde, en parte, homenaje al Napoleón mejicano en "El santo que asesinó", al decir, comparándolo con otros: "el bandido Pancho Villa, que no supo de claudicaciones nacionales".

Junto con la figura de Villa hay mil en las novelas de la Revolución, como las hubo en la realidad misma, que también representan ese exaltado desarrollo de la personalidad, de todas las fuerzas de la naturaleza humana que en las épocas opacas de normalidad no pueden desenvolverse libremente: Demetrio Macías, el héroe de "Los de abajo"; Tibureio Maya y los demás leones de San Pablo, en "¡Vámonos con Pancho Villa!"; Marcos Ruiz, en "Se llevaron el cañón para Bachimba"; Felipe Rojano y Máximo Tepal, en "La Escondida", por sólo mencionar algunos nombres, tipifican esa capacidad que el momento revolucionario da al hombre para la total expansión de sus aptitudes.

Claro está que en el unirse a "la bola", como la llaman los mejicanos, puede haber y hay, en muchos casos, mucho de ambiciones mezquinas, de afán de riqueza en los "avances", es decir, en el saqueo. Eso es lo que reconoce Robles en "La Virgen de los Cristeros": "Ahora toda aquella gente iba a derramar su sangre por Cristo Rey, exactamente como aun hacía muy poco tiempo lo habían hecho por la Revolución Constitucionalista. Y del otro lado, otros hombres iguales a ellos los esperaban con el gesto feroz del homicidio, igualmente dispuestos a jugarse la vida empujados por el mismo instinto. Ellos también se habían enganchado en el Ejército Federal para vivir la vida intensa e inquitea del cuartel y del campamento; por correr de ranchería en ranchería imponiendo terror con sus desmanes, por cambiar de mujer en cada ciudad de guarnición y por ver cerquita la muerte en los comba-

tes con los eristeros... La vida... "si me han de matar mañana, que me maten de una vez", decía la canción, y era verdad, la vida no tenía para ellos ningún valor; por eso, despreciando la propia, disponían con frialdad de la del adversario. ¿Quién perdía el sueño por haber fusilado a alguno?"

Así, a la pasión, al impulso vital se une el afán logrero, de beneficios personales, que será una de las causas de los fracasos de esta Revolución de Méjico, como lo es de la caída de otras nacidas al principio con fines generosos. "La pureza de una revolución puede conservarse quince días", ha dicho Jean Cocteau con aguda y certera ironía. Y surge también, como resultado necesario, ya expreso en las palabras citadas de Robles, el estoicismo ante la muerte propia, y el encallecimiento moral ante el espectáculo de la muerte ajena, casi la sensación de que ella nada significa, nada debe preocuparnos. El caso extremo en este sentido lo dan los relatos de Nellie Campobello, donde revive sus emociones de niña, criada en la zona que Pancho Villa dominó. En el capítulo "Desde una ventana", de "Cartucho", recuerda cómo fusilaron al pie de su ventana "a un joven sin rasurar y mugroso, que arrodillado suplicaba desesperado, terriblemente enfermo, se retorcía de terror, alargaba las manos hacia los soldados, se moría de miedo". Y dice, al final: "Como estuvo tres noches tirado, ya me había acostumbrado a ver el garabato de su cuerpo, caído hacia su izquierda, con las manos en la cara, durmiendo allí, junto de mí. Me parecía mío aquel muerto. Había momentos que temerosa de que se lo hubieran llevado, me levantaba corriendo y me trepaba en la ventana. Era mi obsesión en las noches, me gustaba verlo porque me parecía que tenía mucho miedo.

"Un día, después de comer, me fui corriendo para contemplarlo desde la ventana, ya no estaba. El muerto tímido había sido robado por alguien, la tierra se quedó dibujada y sola. Me dormí aquel día soñando en que fusilarían otro y deseando que fuera junto a mi casa".

Este pasaje de Nellie Campobello, y otros de igual intensidad, recuerdan aquella admirable escena de la película "El gatopardo", en que la niña pasea casi indiferente entre los cadáveres de los soldados caídos en la calle, escena que bastaría, por sí misma, para consagrar al genio del gran director italiano.

VI

Hay otra constante, diríamos, de la novela de la Revolución, que se traduce en el descreimiento en sus fines últimos y en sus logros, en el mejoramiento de las clases populares. Esta, que podría entenderse como crítica interna, no es un sentimiento antirrevolucionario, sino un deseo de que los principios en cuyo nombre se inició la lucha no fuesen traicionados, de que no se aprovechara el hambre de justicia para levantar nuevas castas privilegiadas mientras otros sectores quedasen privados de lo más elemental. Vamos a seguir esta actitud disconformista en algunos de los escritores de la Revolución, para tomar contacto pleno con la realidad que esas ficciones ponen de manifiesto. Un primer caso, el de Mariano Azuela.

Este escritor, figura muy representativa de la literatura mejicana, es ejemplo claro de una conciencia lúcida, de inescornable adhesión a la verdad o, al menos, a lo que él creyó la verdad. Actor él mismo en la Revolución, como integrante de una partida villista, ha dejado en las novelas el testimonio de lo que fue explosión popular, aquel tremendo estallido contra un régimen que se despreocupaba de la miseria de las masas. En toda su obra, a partir de "Los de abajo", la más famosa, la que le ganó nombradía internacional, hay una sensación de frustración, de fracaso por el no cumplirse de los sueños.

En esa novela, en la persona de Luis Cervantes, donde

Azuela puso —cruelmente distorsionados— rasgos de su propia personalidad, da el retrato del logrero, del que se pasa a la Revolución porque supone que ésta le ha de dar, con su triunfo, riquezas y poder. Su meta es el botín y la confianza del jefe. No vacilará, para ello, en engañar a Camila, que lo ama ingenuamente; en atraerla con promesas para entregarla a Macías, que está encaprichado con la muchacha. Cervantes, es evidente, ha aprendido muy bien la lección que le dio el sargento federal, en los días en que todavía estaba con el porfirismo y escribía artículos violentos contra los facciosos y anarquistas que pretendían destruir el orden constituido. El sargento, descorazonado de su bando, aclara: “—Yo soy voluntario, pero me he tirado una plancha. Lo que en tiempo de paz no se hace en toda una vida de trabajar como una mula, hoy se puede hacer en unos cuantos meses de correr la sierra con un fusil a la espalda. Pero no con éstos, “mano”, no con éstos...”. Y Cervantes se pasa así a los otros, a los de abajo; se une a hombres como Macías, que han reaccionado contra el feudalismo rural y han enfrentado a una política hecha sólo para favorecer a los poderosos, y se han convertido por eso, como nuestro Martín Fierro y los gauchos de las últimas montoneras, en “gauchos malos”. Hablando con el jefe de la partida, en el primer contacto, Cervantes habla de ideales.

“—Yo he procurado hacerme entender, convencerlos de que soy un verdadero correligionario... .

—Corre... ¿qué?— inquirió Demetrio tendiendo una oreja.

—Correligionario, mi jefe... , es decir, que persigo los mismos ideales y defiendo las mismas causas que ustedes defienden.

Demetrio sonrió:

—¿Pos cuál causa defendemos nosotros?”.

Las muchas escenas de pillaje que hay en la novela muestran cuántos fueron los que engrosaron las filas revoluciona-

rias por ese solo incentivo, por mera ganancia personal; y otras mil en que estallan la violencia y el coraje, el enorme número de los que lo hicieron para dar salida y desahogo a su ímpetu vital. Y como la guerra civil se prolonga, como se dividen las fuerzas revolucionarias, los primeros optan por la seguridad. Luis Cervantes se “retira” a tiempo y se establece cómodamente en El Paso, ya en la tranquila tierra yanqui, donde disfrutará de lo “ganado” en los avances revolucionarios. Mientras tanto los de abajo, los verdaderos “de abajo”, Macías y los suyos, prosiguen hasta su cita con la muerte. Ya Demetrio lo había expresado ante la pregunta de su esposa, en la última vez que se encuentran: “—¿Por qué pelean ya, Demetrio?”, arrojando una piedrecita al fondo del cañón y diciendo: “—Mira esa piedra cómo ya no se para...”.

Dos concepciones de la vida, dos actitudes en situaciones límites, se dan así, enfrentadas, en ese relato donde Azuela mostró su talento y su capacidad testimonial.

Otros autores del ciclo que estamos considerando han hecho retratos no menos perfectos de la mentalidad que ve, en todo proceso social, ocasión de sacar ventajas. En el fondo, lo único que hay es resentimiento y deseo de ocupar el puesto que ahora tienen los otros. En “La revancha”, de Agustín Vera, leemos palabras desesperanzadas en labios del socialista Romero (Cap. XII), a las que responde el general revolucionario, incapaz de comprender esas preocupaciones y esos melindres.

Dice el primero: “—¿Y qué se habrá ganado entonces, después de sacrificar la vida de tantos hermanos nuestros, si vosotros que os decís revolucionarios y que estuvisteis en los campos de batalla luchando por la redención del pueblo, sois los primeros que tratáis nuevamente de coartar sus libertades y burlar sus sagrados derechos? Decid, camarada, ¿de qué habrá servido luchar contra el despotismo de los ricos, si vosotros pretendéis ahora lo mismo que censuramos en ellos?

Y le contestan:

“—¿Qué pa qué sirvió la Revolución? Pos pa eso precisamente: pa tumbar a los de arriba, pa matar a los ricos mal-ditos que nos estuvieron chupando la sangre durante tantos años, pa acabar con todos los que nos tenían oprimidos y esclavizados y ser ora nosotros los que nos pongamos en su lugar. ¡Esta es nuestra revancha! ¡Esa es la revancha de los de abajo, de todos los que teníamos hambre, de todos los que con nuestro sudor amasamos la fortuna de los que estaban arriba! ¡Ora somos nosotros los que mandamos...! ¡Ora somos nosotros los de arriba...!”

Y el médico, intelectual que, como el Luis Cervantes de Azuela, sólo busca en cada caso su beneficio, adhiere a tales opiniones: “—El general dice bien. Las revoluciones son como una revancha en la que cada quien se paga por su propia mano. Mucho tiempo fuimos de los de abajo... ahora nos toca ser de los de arriba”.

Frente a esta filosofía, se explica el desaliento de Solís, otro personaje clave de “*Los de abajo*”, en su conversación con Cervantes (cap. XVIII):

“—¡Bah!— prosiguió Solís ofreciendo asiento a Luis Cervantes. ¿Pues desde cuándo se ha vuelto usted revolucionario?

—Dos meses corridos.

—¡Ah, con razón habla todavía con ese entusiasmo y esa fe con que todos venimos aquí al principio!

—¿Usted los ha perdido ya?

—Mire, compañero, no le extrañen confianzas de buenas a primeras. Da tanta gana de hablar con gente de sentido común, por acá, que cuando uno suele encontrarla se le quiere con esa misma ansiedad con que se quiere un jarro de agua fría después de caminar con la boca seca horas y más horas bajo los rayos del sol... Pero, francamente, necesito ante todo que usted me explique... No comprendo cómo el corresponsal de *El País* en tiempo de Madero, el que escribía furibundos artículos en *El Regional*, el que usaba con tanta prodigalidad el epíteto de bandidos para nosotros, milita en nuestras propias filas ahora.

—¡La verdad de la verdad, me ha convencido!— repuso enfático Cervantes.

—¿Convencido?

Solís dejó escapar un suspiro; llenó los vasos y bebieron.

—¿Se ha cansado pues de la revolución?— preguntó Luis Cervantes, esquivo.

—¿Cansado?... Tengo veinticinco años y, usted lo ve, me sobra salud... ¿Desilusionado? Puede ser.

—Debe tener sus razones...

—Yo pensé una florida pradera al remate de un camino... Y me encontré un pantano. Amigo mío: hay hechos y hay hombres que no son sino pura hiel... Y esa hiel va cayendo gota a gota en el alma, y todo lo amarga, todo lo envenena. Entusiasmo, esperanzas, ideales, alegrías... ¡nada! Luego no le queda más: o se convierte usted en un bandido igual a ellos, o desaparece de la escena, escondiéndose tras las murallas de un egoísmo impenetrable y feroz”.

Creemos que hay, en Solís, mucho de la desesperanza y la desilusión del propio Azuela; uno y otro son hermanos espirituales del reverendo Hale, de *Las brujas de Salem*, de Miller, que llegó como un enamorado, cargado de flores, para encontrarse una sórdida realidad de hipocresía.

Y frente a la filosofía de la “revancha”, se explica también el terror y la defensa de los de arriba. Azuela la registra en uno de sus libros. Así como en “Los de abajo” veíamos la lucha del pueblo que la emprende a veces sin saber a dónde va ni qué defiende, en “Los caciques” —que bien podría llamarse “Los de arriba”—, Azuela nos muestra la acción de quienes saben bien lo que defienden: sus privilegios, su derecho a seguir explotando la miseria y la ignorancia de los otros, a continuar con sus sagrados negocios, en esa postura en que todo está permitido, hasta aprovechar una disposición testamentaria del fundador de la casa “Del Llano Hermanos, S. en C.”, la donación de un dinero a los pobres, para lograr una inversión lucrativa.

La revolución maderista, con sus tímidas reformas, horroriza a los caciques y a sus turiferarios. Aunque aprovechan toda oportunidad para introducir algunos de los suyos entre los vencedores del momento, su mira es destruir al nuevo régimen. Recordemos las palabras de Villeguitas, uno de los personajes secundarios: "Al abismo vamos. ¡La paralización de los negocios, la muerte del comercio, de la industria, de la agricultura!". Y el coro aprobatorio: ¡"La ruina del país!". ¡"El desquiciamiento social!...". "Sin respeto ya a la sociedad, ni a las familias, ni a la Religión". "Es absurdo esto de que nosotros, la parte sana y honesta, quedemos a merced de los haraganes, de la plebe...".

Cuandó la revolución pacífica, dentro de la ley y sin violencias, que soñaba Madero, fracasa por la traición de Huerta, y con el asesinato del presidente y el vicepresidente, los caciques celebran el hecho con fiesta discreta en la que hay gran animación, cordialidad, alcohol y discursos. Y se dicen: "—Felicitémonos de haber encontrado la mano de hierro que necesita la nación. Ahora tenemos gobierno de verdad, gobierno de gente decente y honrada".

Cuando el pueblo de abajo reacciona contra Huerta y una nueva ola revolucionaria llega, con líderes más violentos, la destrucción de la casa "Del Llano", consumida por las llamas, cobra el carácter de un símbolo.

Azuela refleja así, en esas dos novelas, la realidad tal como la vio y la sintió, con pasión de protagonista; para él las bajezas del bando revolucionario, nacidas en gran parte de la ignorancia y la miseria, no compensan las de las clases poseedoras, ajenas a todo sentimiento de hermandad y caridad auténticas, sordas al dolor del pueblo.

Una tercera novela, que hace juego con las mencionadas, "Las moscas", acaso resulte la más vigorosa como retrato de otra clase distinta, la clase media, o por mejor decir un sector de ella, el de los empleados administrativos, el de los integrantes de la máquina burocrática. La clara cabeza de don Rodolfo verdadero "profesor de energía", como le llama Azuela, reme-

dando la dura denominación que para Teodoro Roosevelt acuñó Rubén Darío, discurre con frialdad mientras espera que se decida la disputa entre los bandos que dividen a los vencedores de Huerta. Y dice: "La Revolución es medio cierto de hacer fortuna, el gobierno es el único capaz de conservarla y darle el incremento que amerita; pero así como para lo primero es indispensable el rifle, el oficinista lo es para lo segundo. Ellos quieren hacer gobierno solos y son como las piedras lanzadas a las alturas que no fueron hechas para las piedras. Caerán irremisiblemente, y como nosotros representamos una fuerza incontrastable, la fuerza de la inercia, o caen en nuestras manos o se aniquilan en plena anarquía". Y en la retirada de los villistas: "—Me quedo y se a que me atengo. Cuento con amigos y colegas que ocupan ya altos puestos en el gobierno del señor Carranza. Se lo repito: nos necesitan, les somos indispensables, y si logran hacer gobierno, les seremos más necesarios de lo que hoy les son los fusiles".

En estas palabras del personaje se expresa todo el dolor de Azuela, porque las sabe verdaderas; sabe que la nueva burocracia será tan sórdida como la que sirvió a los intereses extranjeros, a los miembros de las compañías deslindadoras, a los terratenientes feudales, al progreso de los llamados "científicos" en el largo gobierno de Porfirio Díaz.

Otras novelas posteriores del gran narrador mejicano prueban que tales fueron sus convicciones. Así lo evidencia la lectura de "Nueva burguesía", aparecida en Buenos Aires en 1941. Allí ofrece un cuadro crudo de la realidad del proceso político y social durante la presidencia de Cárdenas. La respuesta gubernista a la manifestación opositora del candidato Almazán, el preparado acto de solidaridad con el candidato oficial, Avila Camacho, Presidente de Méjico cuando apareció la novela, deja un sabor amargo. Vemos el arrear de los obreros y campesinos, hacinados en los trenes para que lleguen a la capital a engrosar la manifestación gubernista; y vemos retratada la clase sindical superior, en esos dirigentes burocráticos que creen hacer gran favor a los obreros cuando les tien-

den la mano desganadamente o escuchan sin interés sus reclamaciones. Parece que oyéramos el clamor de tantos que cayeron en la lucha revolucionaria: ¿Fue para esto?

En el capítulo "Aún hay sol en las bardas", encontramos un jugoso diálogo, donde Azuela expone su visión de la realidad imperante:

"—¿Verdad, Campillo, que todo lo que México tiene que agradecerle al presidente Cárdenas es que hoy la vida cueste cinco veces más de lo que costaba cuando pescó la silla?

—Y también que hoy ganemos cinco veces más de sueldo que el que teníamos antes de que fuera presidente —arguyó el testamento e irreductible Agente de Publicaciones.

—¿Y cuántos miles se mueren de hambre por la falta de trabajo?— dijo el señor Roque, cabo de cuadrillas, buscando camorra.

—De eso el gobierno no tiene la culpa, sino estos ricos desgraciados que han escondido el dinero.

—Ya no hay más ricos que los del gobierno".

Y en la ironía del capítulo "La dicha de Bartolo", el remendón trabajador y honesto rechaza la pintura paradisíaca de lo que sería el gobierno de Almazán, y dice:

"—¡Dios me libre! ¿No sabes, pues, que yo vivo como ellos (los bandidos del gobierno de que habla su interlocutor) de la miseria del pueblo?".

Y tras de incorporarse para bajar una horma, agrega: "—¡Qué viva mi general Lázaro Cárdenas! ¡Desde que está en el poder me han caído como nunca chancas que remendar!".

No debemos creer, por lo antedicho, que Azuela sea un contrarrevolucionario. Testigo insobornable de lo que vio, de los aciertos y los errores, sirvió más a Méjico dando su realidad que si hubiera hecho propaganda y echado al viento la pintura de un mentido paraíso. No se hubiera servido a Méjico así; se lo sirve con la denuncia y con la verdad, como Azuela, fiel a su revolución ideal y a su conciencia de hombre.

Y como él, lo sirvieron Guzmán, Magdaleno, López y Fuentes, Robles, Mancisidor, Benítez. . .

VII

La fama de Martín Luis Guzmán, al que queremos referirnos ahora, se sustenta, sobre todo, en la extraordinaria crónica del proceso revolucionario que tituló "El águila y la serpiente"; pero también en la novela "La sombra de caudillo" y en las "Memorias de Pancho Villa", donde late el remordimiento del autor por sus actitudes anteriores hacia el caudillo de Durango.

Ya en "*El águila y la serpiente*" alentaba un aire de desesperanza, de frustración, de fracaso. Las "esperanzas revolucionarias" que dan título a la primera parte, se desvanecen mucho en la segunda, "en la hora del triunfo". Rivalidades, apetitos, puja por el poder donde triunfan los más hábiles, los más inescrupulosos. Las figuras más populares del movimiento, más poderosas después, se dan con tintas muchas veces oscuras. En Carranza aparece un megalómano, henehido de vanidad, gusto de la adulación, que retacea los méritos ajenos y premia a sus paniaguados. Y Obregón, que afirmaba que los jefes de la revolución no debían ocupar cargos en el nuevo gobierno, aparece como un ambicioso vulgar, un negociante de la revolución. Solamente Villa, con sus luces y sombras, con barbarie llena de grandeza a veces, se salvará. Y también Eulalio Gutiérrez y sus partidarios entre los que se contó el propio Guzmán. Y Felipe Angeles, Iturbe, acaso Zapata, y algún otro, de mayor o menor figuración en el proceso.

Pero la crítica a la revolución está dada en "La sombra del caudillo", pintura descarnada de un momento sangriento de la misma. Aunque no se fija fecha, no cabe duda de que los hechos ocurren en un período que parece unir las características de 1923-24, antes del triunfo electoral de Calles para suceder a Obregón (días en que se produce el asesinato de Villa, por temor a que apoyase la candidatura de Adolfo de la Huerta; la rebelión de Cavazes, Sánchez, Estrada, García Vigil y Diéguez, y el fusilamiento de estos dos últimos después del triunfo oficial), y también las características de 1927-28,

con los sucesivos fusilamientos del General Serrano, candidato a Presidente, y sus acompañantes; y del General Arnulfo Gómez, también candidato a Presidente, con lo que se allana la reelección de Obregón. La muerte de Aguirre, en la novela, tiene todas las características de la que sufrió Serrano; pero el caudillo parece tomar más los caracteres de Obregón que los de Calles.

Guzmán traza en su novela un cuadro terrible de la descomposición política del régimen instaurado por la revolución. Veamos un retrato:

“López de la Garza pertenecía al tipo de los militares revolucionarios y políticos que años antes habían dejado sus libros de Derecho por los campos, prometedores y magníficos, de la Revolución; había hecho carrera, más que batiéndose, administrando cabezas de generales analfabetos y de reformadores sociales ayunos de todas letras”.

Y en esa novela, en que ya se ve vivir el nuevo equipo militar, la nueva casta todopoderosa, Guzmán señala que, mientras los civiles se exponían, porque aspiraban a ser gobernadores, diputados, concejales, “y por eso mismo tocaba a ellos proclamar las virtudes de su grupo a expensas del grupo que se les oponía”, los políticos militares no precisaban hacerlo; por lo mismo que sus tropas serían al fin el único argumento victorioso, jugaban, hasta el último instante, con una posibilidad y la otra. Y agrega: “Su procedimiento era sencillísimo. Iban a visitar a Ignacio Aguirre —la entrevista se celebraba por lo común en el despacho del joven ministro de la Guerra—, y una vez a solas con él le hablaban a la oreja, o poco menos. El lenguaje de todos —jefes de brigada, comandantes militares, jefes de operaciones— era siempre, cuando no en las palabras, sí en el énfasis, uno mismo. Todos hacían méritos con cadencia uniforme, militar verdaderamente.

—“Ya sabe usted, compañero”— le declaraban a Aguirre, o “ya sabe usted, mi general”—; usted cuenta conmigo para todo lo que se le ofrezca, de veras, sin recámaras. Soy de los que lo apoyamos con el corazón en la mano, no de los falsos

y traidores. Y si alguien le viene con el chisme de que yo ando o yo hablo con el general Jiménez, no vacile por eso; tómelo a broma; que, de hacerlo, es tan sólo para no dar a los otros pie por donde pueden sospechar. Ya usted sabe cómo hay que irse bandeando en estos negocios.

Y luego iban, si es que ya no habían ido, a ver a Hilario Jiménez, ante el cual repetían, en el recato de la secretaría de gobernación, palabras equivalentes”.

Aguirre es más sincero. En su conversación con Jiménez se le oye decir: “Ni a ti ni a mí nos reclama el país, Nos reclaman (dejando a un lado 3 o 4 tontos y 3 o 4 ilusos) los grupos de convenencieros que andan a caza de un gancho de donde cogerse; es decir, 3 o 4 bandas de politiqueros”.

La posición de los rivales, Aguirre y Jiménez, se da en pocas frases. Tras de referir el doble juego de los jefes con mando de tropa, dice Guzmán: “De este modo, Jiménez por su lado, y Aguirre por el suyo —pese a la experiencia de los dos en tales asuntos—, se sentían aún dueños de casi todo el ejército”.

La desconfianza del caudillo y de Jiménez obligan a Aguirre a la ruptura. Frente a su sinceridad, Jiménez persiste en la farsa de las grandes palabras:

“—Franqueza por franqueza. Yo no creo lo mismo, o no lo creo por completo. Mis andanzas en estas bolas van enseñándome que, después de todo, siempre hay algo de la nación, algo de los intereses del país, por debajo de los egoísmos personales a que parece reducirse la agitación política que nosotros hacemos y que nos hacen. Y te diré más: si hay politiqueros (y me avengo a que los hay), donde ahora los veo menos es en mi bando. Politiqueros son, por ejemplo, Emilio Olivier Fernández y todos sus radicales progresistas; es politiquero Axkaná, con su Liga Revolucionaria de Estudiantes... Pero conmigo no están ellos; conmigo están las masas, los obreros, los campesinos”.

La realidad es un juego terrible de grupos y presiones. Asistimos al sórdido espectáculo del Congreso, al atentado po-

lítico, las torturas, la traición, el asesinato, como instrumentos de gobierno. Y cuando cae Aguirre, víctima de la delación y la emboscada, y es asesinado, todavía el Presidente lanza sus mentidos comunicados sobre la supuesta sublevación de aquél:

“El general Ignacio Aguirre, autor principal de la sublevación iniciada anteanoche, fue capturado, juntamente con un grupo de sus acompañantes, por las fuerzas leales que guarnecen el Estado de México, y que son a las órdenes del pundonoso general de división Julián Elizondo. Se formó a los prisioneros Consejo de guerra sumarísimo y fueron pasados por las armas”.

VIII

Si a través de obras como “Nueva Burguesía” y “La sombra del caudillo” vemos el desengaño y la desilución de quienes creyeron en los postulados revolucionarios en cuanto a la suerte de los obreros y el mejoramiento de los hábitos políticos —porque reflejan un estado de cosas que, al menos en lo ético, no es mejor que el del porfirismo—, nos quedaría por ver cómo otro de los proyectos iniciales se dio en la realidad. Nos referimos al problema agrario, al de la injusticia para el campesino, parte fundamental de la población de Méjico. Ya presente en el plan de San Luis de Potosí, intensificando y clarificado en el de Ayala, el problema agrario y su solución, fue una de las metas revolucionarias. “La tierra a los que la trabajan” parecía fórmula absoluta y precisa. Y la devolución de los ejidos a las comunidades indígenas.

En el libro de Jesús Silva Herzog, “El agrarismo mexicano y la reforma agraria”, encontramos definidas las formas de propiedad de los pueblos, a las que clasifica así: “el fundo legal; el ejido; las tierras de repartimiento, de parcialidades indígenas o de comunidades y los propios”. “El fundo legal se formaba midiendo 600 varas hacia los cuatros puntos cardinales, a partir de la iglesia del pueblo y formando un cua-

drado dentro del cual se dotaba de pequeños solares a las familias indígenas, para que construyeran sus casas y dispusieran de un pequeño terreno. El ejido: la palabra se deriva del latín *éxitus* que significa salida. Lo instituyó Felipe II en el año 1573. Era una porción de tierra generalmente de una lengua de largo y sus antecedentes aparecen en España, en los terrenos denominados de uso común, así como también en el *altepetlalli* entre los aztecas. El ejido era una tierra de explotación y aprovechamiento colectivo. Las tierras de repartimiento: parcelas de propiedad comunal, pero de cultivo y usufructo individuales. A nuestro parecer, esas parcelas eran muy semejantes en sus modalidades jurídicas y económicas al *Calpulalli* entre los antiguos mejicanos. Los *propios*: tierras comunales, pero se distinguían del ejido en que el producto de ésta era para el conjunto de los individuos de un pueblo con fines individuales, en tanto que los *propios* eran porciones de tierra administradas por los municipios para cubrir necesidades de interés público, tales como mejoras materiales del poblado y otras erogaciones de interés general".

Señala luego Silva Herzog que esas propiedades de los pueblos, en sus distintas modalidades fueron muy reducidas en comparación con las propiedades del clero y las de los *españoles* y *criollos*. Y además, las tierras de los indígenas, insuficientes para llenar sus necesidades elementales, fueron muchas veces reducidas por los grandes terratenientes, que se apoderaban de parte de ellas para aumentar sus dominios.

El estado de cosas imperante en el período español no se modificó, afirma Silva Herzog, al independizarse México, país donde ese hecho surgió de un Convenio, y donde las estructuras sociales no se modificaron en nada. A lo largo de todo el siglo XIX fue empeorando la situación del campesinado y mayores fueron los despojos, sobre todo por medio de las llamadas "compañías deslindadoras" del tiempo del porfirismo. Así, en 1910, al producirse el movimiento que encabezó Madero, las poblaciones rurales, en sus clases bajas, estaban reducidas a un estado de miseria mayor que el reinante en 1810. Esto lo

testifican los propios historiadores mejicanos. Y explica las postulaciones iniciales de la Revolución. En el artículo 3º del Plan de San Luis decía, entre otras cosas: "Abusando de la ley de terrenos baldíos, numerosos pequeños propietarios, en su mayoría indígenas, han sido despojados de sus terrenos, por acuerdo de la Secretaría de Fomento, o por fallos de los tribunales de la República. Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario, se declaran sujeta a revisión tales disposiciones y fallos y se les exigirá a los que los adquirieron de un modo tan inmoral, o a sus herederos, que los restituyan a sus primitivos propietarios, a quienes pagarán también una indemnización por los perjuicios sufridos. Sólo en caso de que esos terrenos hayan pasado a tercera persona antes de la promulgación de este Plan, los antiguos propietarios recibirán indemnización de aquellos en cuyo beneficio se verificó el despojo".

Y en el agrarista Plan de Ayala, de inspiración de Zapata, la intención se hace más urgente. El artículo 7º afirma: "En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son más dueños que del terreno que pisan, sufriendo los horrores de la miseria sin poder mejorar en nada su condición social ni poder dedicarse a la industria o a la agricultura por estar monopolizadas en unas cuantas manos las tierras, montes y aguas; por esta causa se expropiarán, previa indemnización de la tercera parte de los monopolios, a los poderosos propietarios de ellas, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos o campos de sembradura o de labor, y se mejore en todo y para todo la falta de prosperidad y bienestar de los mexicanos".

La historia de esta revolución agraria anunciada en los planes y de la mentira de muchas promesas queda registrada en la obra de algunos de los narradores mejicanos. Unos pocos e ilustres nombres bastarán para mostrar, también aquí, la sensación desilusionada que estos escritores expresan. Juan Rulfo, el autor de "Pedro Páramo" y "El llano en llamas";

Gregorio López y Fuentes, creador de "¡Tierra!" y "El indio"; Mauricio Magdaleno, en "El resplandor", son ejemplos válidos. Acaso sólo en "¡Tierra!" haya un soplo optimista, que nace de la comparación entre el estado prerrevolucionario, pintado con descarnada realidad, y lo que siguió. En las páginas que corresponden a 1910, capítulos II y III, nos revela cómo los patrones ahogaban toda posibilidad de rebelión, y cómo se despojaba a los trabajadores en la tienda de raya.

Leamos su libro: "Como otros muchos muchachos de la hacienda de don Bernardo González, Antonio va a prestar sus servicios de soldado, envíos con que el patrón se congratula ante el Jefe Político. Se le considera amigo del gobierno al ceder de sus trabajadores algunos que vayan a ser el sostén de las instituciones. Otros han sido enviados por manifestarse inconformes con seguir trabajando en la hacienda. No pocos, por convenir así a los intereses del amo; por ejemplo, en la disputa de propiedades. Pero el amo jamás dice tales cosas en las remisiones de los reclutas. El alega desinteresados deseos de contribuir para el mantenimiento del orden y la paz".

Y así describe la rendición de cuentas por el trabajo: Hay algunos que quieren ver con claridad el estado de sus cuentas. Desconfiados, meten los ojos en los hormigueantes renglones: imposible penetrar en las contabilidades. Han trabajado y no han pedido tanto para deber lo que el empleado dice que aparece en los libros. El empleado les aclara:

—Un peso que te doy, es un peso que me debes; y otro que te apunto, ¿no hacen en total tres pesos?

El peón abre tamaños ojos, los cierra como para mirar mejor hacia adentro y acaba por rascarse la crisma, según él, dura a todo entendimiento. Clava los ojos en los números que nada dicen a su inteligencia".

Y cuando alguien intenta escapar de la coyunda, como Urbano, condenado a pagar una deuda contraída por su padre —enredado, naturalmente, en las cuentas falsas del empleado—, la justicia se encarga de traerla de nuevo, por la fuerza pública. Será en vano que busque no cobrar sino la

tercera parte de su jornal, y entregar el resto para enjugar la deuda inacabable y creciente. El empleado conoce su oficio:

—No seas testarudo, Urbano.

Y el empleado se empeña en que, si no recibe la raya completa, al menos lleve algo de la tienda.

Le ha puesto en el hombro un rebozo corriente.

—¡Para la vieja, hombre!

Y le pone sobre el sombrero viejo un sombrero nuevo, de esos que llaman “de vuelta y vuelta”.

—El tuyo ya está muy viejo. Llévalo y todo cuanto quieras.

Urbano se defiende, se resiste a recibir el rebozo y el sombrero. De nada le sirve. El empleado, que conoce su oficio de enganchador, ya no le hace caso y apunta en el libro, en la cuenta de Urbano. Se encara con el siguiente jornalero”.

A través del libro vemos la lucha de los hombres de Morelos por alcanzar justicia y libertad, vemos caer en la emboscada al jefe agrario, en 1919, y crecer el mito de su resurrección y caligatas nocturnas. Pero se advierte un avance real en la condición del asalariado.

Otra novela de López y Fuentes, “El Indio”, ganadora del Premio Nacional de Literatura, es la historia de una gran traición, la de la mentira organizada para explotar y mantener en servidumbre a los indígenas, que fueron en gran parte motor de la revolución, y componen la mayoría de la población mejicana. Para mayor dolor, es uno de ellos mismos, el maestro indio, el que los lleva una vez más a servir como carne de cañón para los intereses de los grupos políticos de la ciudad. Y el más duro sarcasmo cierra la novela:

“El lisiado sigue en su escondite de vigía, desconfianza asomada a la carretera —que es la civilización— desde la breña. En lo alto de la serranía, otro aguarda la señal. Como todos los suyos, sólo saben que la “gente de razón” quiere atacarlos; que en la sierra y en el valle, los odios, en jaurías, se enseñan los dientes; y que el líder goza de buena situación en la ciudad”.

El tema que se da en "El Indio" alcanza grandeza y perfección en "El resplandor", una de las más recias y logradas novelas del ciclo de la Revolución Mexicana. Es su autor Mauricio Magdaleno, nacido en Zacatecas en 1906, cuyo padre fue conspirador maderista y participó en los sucesos de 1910. Magdaleno intentó el teatro y su temática ya muestra la preocupación social que siempre ha mantenido. Así lo prueban los dramas "Emiliano Zapata", "Pánuco 137", donde trata el tema de la explotación petrolera; así también la obra que terminó de escribir en Madrid, "Trópico", donde denuncia la explotación y la destrucción de la vida indígena por los intereses extranjeros interesados en la explotación chiclera.

A su regreso de España, adonde viajó con una beca, se dedicó con predilección a la novela, que había ensayado con menor éxito antes. Y da obras tales como "Cabello de elote", "La tierra grande" y "El resplandor", de 1937, verdadera obra maestra. El nombre de Magdaleno alcanzó también popularidad como argumentista de cine: se le debe, entre otros, el de "María Candelaria", una de las grandes expresiones del cine de México, consagrada mundialmente.

El dolor de la tierra alcanza en "El resplandor" emoción y dureza. Los dos pueblos enemigos, San Andrés de la Cal y San Felipe Tepetate, están habitados por las mismas criaturas sufrientes y vencidas. La capacidad descriptiva de Magdaleno duele como una llaga. Cuando el cura los abandona para irse a la ciudad, cansado de convivir con esa feligresía lamentable, dice el autor:

"Todos se persignaron, sin calcar las caras un asomo del punzante dolor que se abatía sobre los hijos de San Andrés de la Cal. Caras cobrizas, color de rastrojo seco, en las que el dolor no llega nunca a estallar en gesto, ni siquiera en rictus. Oseuros ojos refulgentes de las mujeres, que sufren y no reclaman nada, a veces inocentes como los de las bestias y otras emboscados y recelosos. Bocas de gruesos labios estriados por los vientos áridos y punzadores como la gleba de las eras sacu-

didadas por la tolvanera; raídos bigotes de guías hirsutas, pelambres lustrosas e indóciles como la flora del caetáceo que adorna con adorno angustioso el páramo; voces suaves en que se dice el amor, la querella pasional, el odio y la charla trivial de las noches de los agostaderos. La servidumbre secular ajoba de misterio las palabras y la voz se torna susurro y sumisión al destino inexorable. En el remoto ayer las hordas sintieron el paso aplastante de la cruel explotación del blanco, y desde entonces, a través de tantos años como los luceros de las noches de San Andrés, no ignoran que es inútil rebelarse". Y agrega luego: "La cuergía, en la tierra del otomí, se reconcentra en longevidad y en monstruoso mimetismo con el mineral y el cacto. Cincuenta, cien años son nada, un minuto en la existencia del páramo. Donde nunca floreció la esperanza de algo, tampoco tiene razón de ser la medida de nada. Allá, tras lomita, dentro de veinte años, y la voz repite la monótona naturalidad de un paisaje sin fronteras, y que por lo mismo es ajeno a la noción del tiempo y del espacio. Veinte años..., toda una vida, que a fin de cuentas no suma sino ochenta, noventa o cien, cuando bien va..., ¿qué más da para quienes no pueden conjugar los nerviosos resortes de la conciencia... Para quienes el nacer y el morir no son más que los cabos de una suerte tremenda? Ni la piedra, ni el nudo-organo, ni el mezquite se quejan. ¿Por qué habían de quejarse? El otomí sólo sabe que su muerte será menos sentida que la de la mula o el buey que dan el sustento a una familia. Los ojos columbran las distancias y las bocas callan. El cura los abandona, Dios lo abandona, cómo decía don Melquiades..., ya se acostumbrarían también a pasársela sin ellos!"

Frente a estas pobres gentes, la arteria y la retórica de los blancos y la de aquellos que se han contagiado del blanco: promesas y discursos. Cuando esas míseras criaturas esperan del Coyotito, de uno de ellos, de aquel niño indio que fue llevado a la ciudad para que se instruyese y los sacara de su triste situación, cuando ese Saturnino Herrera es candidato a gobernador, cuando todas las esperanzas están puestas en él, el vate Pe-

droza dirige a palabra a los tristes hijos de San Andrés. La caricaturesca visión del acto proselitista recuerda a Quevedo o a Valle: "¡Pueblo de San Andrés de la Cal! Estamos por fin en la tierra de Saturnino Herrera, el candidato de los de abajo a la primera magistratura de nuestro querido Estado. Venimos como los ciudadanos griegos en el areópago. . .

De allí en adelante nadie entendió una sola frase más de la huracanada alocución de Pedroza, ni aún Esparza, que le seguía la verba con una atención desesperada e inútil y que asentía de cuando en cuando, ratificando vivamente tal cual concepto enrevesado y pedante del intelectual. Era un diluvio que parecía no tener fin, una verdadera inundación de tropos, metáforas, citas, recuerdos históricos, sentencias y cuanto hay de recursos oratorios para embobar a los ilotas y aburrir a los que no lo son. Salieron a relucir por primera vez en la inocente existencia de San Andrés de la Cal la democracia y el absolutismo; la Edad Media y las virtudes romanas, que encarnó Catón; las guerras médicas y las guerras púnicas; Alejandro, Aníbal y Napoleón; la revolución francesa y la revolución rusa; Dantón, Robespierre, Lenin, Trotsky, Carranza, Obregón, Calles y las reivindicaciones de las grandes masas hambrientas; Víctor Hugo y sus arengas al pueblo de París; las barricadas y la Comuna; Díaz Mirón y sus invectivas al pueblo de Méjico; el porfirismo y la Iglesia, el reptil inmundado de las siete cabezas; tiradas y más tiradas, disparate tras disparate, palabras y palabras —como dijo el poeta—, el ave canta aunque la rama cruja... Ave César, los que van a morir te saludan..., la tierra es de quien la trabaja..., la riqueza es un crimen..., y, sin embargo, se mueve..., todo se ha perdido menos el honor..., el respeto al derecho ajeno es la paz..., alea jacta est..., bienaventurados los que sufren..., los ricos son la maldición del mundo..., proletarios de todos los países, uníos..., la religión es el opio de los pueblos..., c renovarse o morir..., los pueblos tienen los gobiernos que se merecen..., justicia inmanente..., ¿acaso estoy en un le-

cho de rosas?... me quiebro, pero no me doblo..., más vale una muerte gloriosa que una vida infame...".

Y ese pueblo humilde, inocente, crédulo, se enrola en las huestes que van a dar el triunfo electoral al Coyotito, al Saturnino Herrera que se crió entre ellos y que un día marchó a la ciudad para educarse y volver a traerles la felicidad. Pero el nuevo gobernador, hombre de su sangre, uno de los suyos, será el más cruel de los expoliadores.

Primero las promesas: —“A eso vengo, viejitos, a ver qué hago por mis gentes. Tengan paciencia nada más. Los males de tantos años no se remedian en una semana, ni en un mes. Yo les daré su agüita, para que remojen sus tierras, y tierras para todos, diez buenas hectáreas a cada uno, y escuela para que los chamacos aprendan a conocer sus responsabilidades y sus derechos”.

Después, la utilización electoral:

—“Necesito que los 17 pueblos, rancherías y congregaciones del Cuarto Comité Regional estén presentes en Pachuca el domingo. ¡Vamos a aplastar a los eternos enemigos del pobre, los conculcadores de la Revolución, los reaccionarios! Mañana vendrán los camiones para que salgan los que quieran. Los dirigirá nuestro buen amigo y compañero Esparza, y él les dará instrucciones”.

Al fin, la explotación y la miseria, acrecentada en la hacienda de “La Brisa”, convertida en un “bien colectivo”; pero donde los trabajadores dejan su sudor y su vida para en grandecer, solamente, al nuevo amo, al gobernador Saturnino Herrera, verdadero dueño del señorío feudal. La Revolución no ha hecho sino cambiar a unos explotadores por otros, más duros y crueles, porque carecen incluso de ese sentido paternalista, en cierta medida bondadoso, que caracteriza a los antiguos amos.

Todo el dolor de las masas traicionadas estalla en la rebelión cuando los quieren tomar a otro niño para llevarlo a estudiar a la ciudad: “le cambiarán el alma, le enseñarán a

odiarnos”, piensan los pobres otomíes. El poder los vence, y el niño es arrebatado para civilizarlo. El lector intuye que se gestará en él un nuevo Saturnino Herrera, que volverá a mentir, a utilizar y a explotar a esas miserables criaturas humanas.

Pocas novelas tan duras como “El resplandor”, pocas mejor escritas en el ciclo de la temática revolucionaria. Allí queda su denuncia y su protesta contra el incumplimiento de las promesas de reforma agraria, como para lo político en “La sombra del caudillo”, y para lo obrero, en “Nueva burguesía”.

IX

Otro aspecto de la realidad revolucionaria, antes aludido, que las novelas reflejan de manera más o menos precisa, es el sentido de solidaridad en un grupo, la sensación de ser parte de algo superior. Saint Exupery lo ha expuesto claramente en su obra, sobre todo en “Tierra de hombres”. Y Lawrence, el de Arabia, también lo sintió al unirse a las Reales Fuerzas Aéreas, donde revistaba en un puesto oscuro cuando encontró la muerte accidental. Entre nosotros, Ernesto Sábato, en la novela más importante de la literatura argentina actual, “Sobre héroes y tumbas”, lo expone de manera cabal durante la conversación —en que se evoca a Saint Exupery— que sostienen Martín y Bruno. Este manifiesta que le gustaría ser algo así como bombero, o músico de una pequeña orquesta de jazz. Y agrega: “—Sí, hombre. Quizá cabo de bomberos. Porque entonces uno sentiría que está entregado a algo comunicario, a algo en que uno realiza un esfuerzo por los demás, y además en medio del peligro, cerca de la muerte. Y, siendo cabo, porque se sentiría, supongo, la responsabilidad de su pequeño grupo. Ser para ellos la ley y la esperanza. Un pequeño mundo en que el alma de uno esté transfundida en una pequeña alma colectiva, que mientras uno duerme el

otro vela y cuida. De modo que las penas son las penas de todos y las alegrías también, y el peligro es el peligro de todos. Saber, además, que uno puede y debe confiar en sus camaradas, que en esos momentos límites de la vida, en esas zonas inciertas y vertiginosas en que la muerte nos enfrenta repentina y furiosamente, ellos, los camaradas, lucharán contra ella, nos defenderán y sufrirán y esperarán por nosotros". Y cuando piensa en su propio destino de contemplativo solitario, que acaso llegue a escribir una novela o un drama, Bruno reflexiona: "...no sé si nada de eso puede ser equiparable a formar parte de un pelotón y guardar el sueño y la vida de los camaradas con su fusil... No importa que la guerra sea hecha por sinvergüenzas, por bandoleros de las finanzas o del petróleo: aquel pelotón, aquel sueño guardado, aquella fe de nuestros camaradas, éstos serán siempre valores absolutos".

Así podría entenderse el sentido de la vida de muchos hombres que aparecen reflejados en las novelas cumbres del cielo que estamos considerando. La relación humana que existe entre los hombres de Demetrio Macías, en "Los de abajo"; de Marcos Ruiz, en "Se llevaron el cañón para Bachimba"; en los seis leones de San Pablo; en los integrantes del grupo que sigue a Carranza, en "El Rey Viejo", en su fuga hacia la muerte; en los cristeros que se enfrentan al enemigo en el libro de Robles. Es el mismo sentimiento que hubo en la heroica partida de Pedernera en su retirada hacia el norte, por la quebrada, para salvar de profanaciones el cuerpo de Lavalle, que el mismo Ernesto Sábato ha relatado de manera insuperable. Es el sentimiento que nace de una fe. Ese sentimiento confiere al hombre una dignidad especial, un sentido nuevo de la existencia que no son capaces de valorar y comprender quienes ven solamente en los movimientos populares la afloración de apetitos materialistas. La actitud de los soldados de Villa, en la primera visión que da de ellos Martín Luis Guzmán es clara en tal sentido: "Los soldados, sin moverse de su sitio, oían el parloteo de Amador con la solicitud del que no entiende,

aunque comunicando a su manera ese dejo de altanería humilde propio de nuestros revolucionarios victoriosos”, “Altanería humilde”: sensación en la humildad de su fuerza, sensación de no ser inferiores a ese licenciado que les hablaba palabras inútiles, de ministerios y subsecretarios, a ellos, a los que creaban historia.

Y tales hombres son también un poco niños para entregarse, confiados, enteros, a aquél en el que sienten la solidaridad con sus destinos humildes, con su condición humana, tantas veces mancilladas por los mayores, los capataces y los caciques. Un soplo de paternalismo como forma de gobierno, el que se aplicó en España y en América, el que dio a nuestros caudillos la fuerza de arrastrar a pueblos enteros —se llamaran Artigas, Güemes, San Martín, López, Ramírez, Urquiza o Peñaloza—, es el que anima también las masas y los jefes de esa revolución mejicana, hecha de hondura popular, de ignorancia también, esa ignorancia de los analfabetos cultos (al decir de Salinas), que, saben dónde residen los valores esenciales. Por encima de los doctores que van a ser en definitiva los que ensucien toda revolución, llenándola de palabras y de ideologías, esos hombres, esos caudillos del pueblo sólo tienen ansia, sed de justicia. Saben que querrían volver a su hogar, gozar de la paz, del derecho a trabajar sin explotaciones, sin ser sometidos a condiciones brutales; saber que sus hijas, que sus hermanas, serán respetadas y no juguete de la rijosidad de los señores o de sus paniaguados. Una instintiva pasión de libertad, de decencia, anima la entraña de los bárbaros que pueblan los ejércitos revolucionarios. Y su adhesión a los jefes que dirigen el movimiento es incondicional. Hemos visto un caso extremo en el Tiburcio Maya de “¡Vámonos con Pancho Villa!” que sigue al hombre que lo abandonó una vez, enfermo, y que le ha matado la mujer y la hija. Cuando el caudillo, después de Columbus, está herido y oculto, Maya no traicionará su refugio. Y el oficial yanqui se espanta de esa fidelidad inexplicable:

“¿Mujer? ¿Hijos? Me los asesinó Pancho Villa.

El sargento se quedó con la boca abierta, no acertando a comprender.

—¿Pancho Villa matarlos? ¿Tú seguir a Villa?

—Sí.

—¿Tú obedecer Villa? ¿Tú defenderlo?

—Sí.

—Tú estar loco...

—Loco... Sí...

—¡Oh! Yo no creerte, tú tener calentura otra vez. Yo, si un hombre matar mujer, yo matar ese hombre. Yo no defenderlo.

—Yo, sí.

“Yo, sí”. En esas dos palabras estaba su triunfo moral. Incurable, condenado a no estar en pie nunca más, preso, viejo, oyendo cavar su tumba, tuvo la certeza de su superioridad sobre el sargento, médicos y enfermeras, sobre los centenares de soldados que a través de los cristales de las ventanas veía vagar entre sus filas de carpas idénticas, sobre el ejército entero...

“Yo, sí”.

Piensa Tiburcio en que él, acabada la bola, pudiera haber matado a Villa, de frente para vengar a sus muertas.

Pero no lo hubiera asesinado nunca por la espalda, ni se hubiera aprovechado de que estaba herido para romperle una vena y hacerlo desangrarse. No lo delataría jamás, para que diez mil hombres, con cañones, con ametralladoras, con aeroplanos, sitiaran una cueva donde solamente hay tres ocultos, dispuestos a no ser capturados vivos”.

Caso semejante es el de Macías, cuando Natera le pregunta qué ha de hacer al estallar la lucha entre Carranza y Villa. Responde: “Mire, a mí no me haga preguntas, que no soy escuelante... La aguilita que traigo en el sombrero usted me la dió... Bueno, pos ya sabe que no más me dice, Demetrio, haces esto y esto y esto... ¡y se acabó el cuento!”.

Y junto a Marcos Ruiz está Abasolo, casi un niño, que lo sigue cuando el jefe abandona la casa donde él, huésped forzoso, ha sido casi un prisionero. El muchacho, hermano del reserito de Güiraldes, que acaso le sirvió de modelo, sólo se

apartará de Marcos cuando éste se lo ordene en forma imperiosa.

Así, millares de héroes anónimos desfilan por las páginas de las novelas de la revolución, sin más mira que seguir a su jefe, como las soldaderas detrás de su hombre, incansables y fieles. Urbano, en "¡Tierra!", la novela de López y Fuentes, expresa el dolor de todos los zapatistas cuando la traición mata al jefe: "¡Daría el pescuezo, daría mis hijos, con tal de tener un momento en mis manos a ese asesino!

Nadie se atrevería a calificar de borracho a Urbano, a pesar de que sus gestos y ademanes parecen los de un ebrio. De pronto se derrumba del caballo y queda revolcándose en el polvo, con las manos hincadas en la tierra, de la que arranca gruesos trozos, que hace añicos al cerrar con fuerza los puños. No llora: aúlla, brama, ulula. Es el dolor simbólico de todos los campesinos de Morelos, a la noticia de la muerte del general. No por algo se han considerado todos ellos adheridos a la cola del caballo zapatista".

Y frente a ese dolor inmenso, la naturalidad de los sentimientos: "—Pues a mí ni cuidado que me da. Victorino dijo: "Por acá jalamos", y fuimos con él. Después nos ordenó: "Vamos por allá", y nosotros obedecemos".

La adhesión y la fidelidad son pagadas en la misma moneda por los caudillos populares, algunos de los cuales tenían conciencia de lo poco que durarían sus conquistas en favor de la masa. En la entrevista de Xochimilco, con Zapata, cuya versión taquigráfica da González Ramírez en el primer tomo de "Fuentes para la historia de la revolución mejicana", Villa dijo: "Pues para ese pueblo queremos las tierras. Ya después que se las repartan, comenzará el partido que se las quite".

Con todo lo que tiene de trágica grandeza esta epopeya popular que costó por lo menos dos millones de muertos, con sus fracasos y frustraciones, con ese empuje vital y racial que nos trae a la memoria las hazañas de los guerrilleros españo-

les, la defensa contra el invasor francés en la guerra de independencia, o las increíbles guapezas de nuestros caudillos federales y de sus hombres: la novela de la revolución mejicana, al evocar ese movimiento multitudinario deja, para mí, como saldo, más positivo, el elevar nuestro espíritu hacia la comprensión de la unidad hispanoamericana, el devolvernos la fe en las virtudes de estos pueblos capaces de los grandes crímenes de que hablaba el editorialista neoyorkino en la ficción de Fernando Benítez; pero capaces también de todas las grandezas, hasta en el error y la crueldad. Esos pueblos que aspiran a vivir, como quería San Martín, libres de libertadores.

Y además, la novela de la revolución, al mostrarnos a sus hombres en plenitud, fuera de las recordaciones oficiales, sin arreos escultóricos, nos señala que ellos fueron eso, hombres, con todos los vicios y las virtudes de ese destino de bestia y de ángel que llevamos siempre con nosotros, y por sólo eso los únicos capaces, también, de conducir y plasmar empresas y destinos realmente humanos.

X

Todo proceso revolucionario, que sacude de manera intensa las estructuras sociales y que entraña un cambio profundo de las relaciones existentes entre los diversos grupos y clases que componen la colectividad, tiene que afectar de manera más o menos intensa, según la habilidad y la eficacia constructiva de los jefes del movimiento, a los organismos vinculados con el estado de cosas preexistente. Y la Religión, como sentimiento, por un lado; la Iglesia como institución, por otro, tienen que padecer dificultades en cuanto el referido proceso revolucionario alcanza una cierta intensidad.

Ello ocurrió, de manera bien clara, en todo el largo desarrollo de la Revolución Mexicana. Como sabemos, el estallido no tuvo clara conciencia de sus alcances en un primer mo-

mento, y pareció que significaría el mero hecho de la desaparición de una larga dictadura y el establecimiento, o por mejor decir, el restablecimiento de las organizaciones democráticas en materia de comicios, expresada en la fórmula que parecía mágica de: *No reelección*.

Claro es que ya en el Plan de San Luis se esbozaban algunas medidas concretas tendientes a reparar las injusticias sociales, y acaso estaba ya el germen de la lucha de clases que se iba a encender violentamente más tarde. Pero no es dudoso suponer que, si las cosas hubiesen marchado por el camino de la paz después de la asunción del poder por Madero, la revolución hubiera sido mucho menos intensa en sus alcances y sus resultados. Por de pronto, como lo vaticinó Carranza según testimonios conocidos, al decir que "Revolución que transa es revolución perdida", el compromiso concertado con los sectores que habían sostenido a Porfirio Díaz, con los tratados de Ciudad Juárez, dejó las cosas en estado semejante al existente antes de 1910. Y la orden de licenciar a las tropas creadas durante la revolución maderista, fue lógico que fuera mal recibida; ello explica el no acatamiento por algunos jefes, entre ellos Emiliano Zapata.

Pero la verdad es que sin la traición contrarrevolucionaria de Huerta, el movimiento transformador del que surgió un nuevo México, no habría llegado, seguramente, tan lejos, ni habría sido tan importante en la historia de Latinoamérica. En ese proceso contrarrevolucionario de Huerta, la Iglesia fue considerada, por muchos revolucionarios, como cómplice de la aventura y la traición. Las razones son explicable.

Por de pronto, y acaso porque la independencia mexicana también fue fruto de una transacción, el Plan de Iguala, las estructuras coloniales se mantuvieron más firmes en ese país que en el resto de la América Hispánica, y en el caso del poder eclesiástico ello tuvo singulares consecuencias. Mientras en los demás países independientes se creó una conciencia patriótica del clero, y éste se separó de los dirigentes

y las dependencias que lo unían con las dignidades peninsulares, casi del mismo Vaticano; en México, a pesar de que los primeros jefes revolucionarios fueron religiosos, al establecerse la independencia no hubo cambios en la situación preeminente que no ya en lo espiritual sino lo material, tenía el clero católico, situación similar a la imperante en España. Quizás eso explica la virulencia que el laicismo tomó en México en la segunda mitad del siglo XIX, y el sentido de las Leyes de Reforma.

Como la conciencia no puede torcerse, y el sentimiento religioso es más poderoso que las leyes, y aún que las dictaduras que pretendan desarraigarlo del alma de los hombres, el catolicismo mexicano siguió intacto, y el pueblo conservó y mantuvo su fe pura y limpia. De ahí que, salvo en el espíritu de los ideólogos más fanáticos, al estallar el movimiento revolucionario de 1910, el problema religioso ni siquiera apareciese en la mente de la masa y muchos caudillos de la causa.

Pero, como en todos los hechos semejantes de la edad contemporánea, desde la Revolución Francesa en adelante, al producirse un cambio las estructuras del clero se dividen necesariamente. Las reacciones del alto clero, del clero medio y del clero bajo son diferentes, y ello a despecho de las órdenes o instrucciones que tengan de la sede de la Cristiandad.

En un orden social basado en la injusticia y en la tajante división de clases y oportunidades, como el de Porfirio Díaz, los sectores del privilegio estuvieron en contacto directo con los altos dignatarios de la Iglesia. El mismo poder de la riqueza no fue extraño a muchos de ellos, que suelen olvidar o desconocer aquellas normas claras e intergiversibles del obispo Blanquerna al organizar su obispado, en la famosa obra de Raimundo Lulio. Además, la necesidad de luchar, con pleno derecho y en cumplimiento de su misión evangélica indisputable, contra el laicismo, el positivismo y el materialismo, y de organizar una educación que defendiera los valores espirituales y la moral cristiana, los llevó a buscar contacto con

las altas esferas (y ese contacto terminó por ser muy estrecho para algunos dignatarios), y a mirar con simpatía aún situaciones que, por lo claramente injustas, debieron merecer su desaprobación y condena. De ahí que, al sentirse amenazados esos sectores del privilegio por las ingenuas y débiles medidas revolucionarias tendientes a mejorar la situación social de los trabajadores urbanos y a devolver a los rurales las tierras de que habían sido arbitrariamente despojados en largo proceso de rapiña, muchos hombres de la Iglesia vieran en ello un signo peligroso de anarquía y de caos, y se convirtieran, consciente o inconscientemente, en cómplices de la reacción contrarrevolucionaria y del privilegio.

Claro está que frente a esto otros religiosos, sobre todo los del bajo clero, en contacto directo con las clases populares, tomaron una actitud diferente y favorable a la revolución. Además, como ya dijimos, los hombres que participaron en ella, muchos dirigentes y masa, eran naturalmente católicos fervorosos. Sin duda había ideólogos, no ya anticlericales, sino realmente antirreligiosos y anticatólicos, como se advierte en algunos excesos sobre el problema en el programa del Partido Liberal de 1906, en el anarquismo de los Flores Magón y en la prédica de los Vázquez Gómez, por mencionar algunos casos. Y ante esas prédicas era fatal que la Iglesia reaccionara en forma de oposición y protesta.

Los preceptos de la Constitución de 1917, sobre todo el artículo 24, continuaban la tradición de la Reforma del siglo pasado. Pero contribuyeron a encender la pasión religiosa y a provocar la guerra de 1926 a 1929.

Las decisiones de algunos estados mexicanos de restringir el número de sacerdotes, las trabas a la libertad religiosa, constituyeron una de las razones de ese largo período de violencia que se cerró en 1929 durante la presidencia provisional de Portes Gil.

XI

Del tono que habían alcanzado las pasiones en esos años, da clara cuenta el manifiesto lanzado en los Altos, Jalisco, el 28 de octubre de 1928, en la Fiesta de Cristo Rey, por el general de división Enrique Gorostieta. Ese documento comienza:

“Hace más de dos años que el pueblo mejicano, hartó ya de la oprobiosa tiranía de Plutarco Elías Calles y sus secuaces, empuñó las armas para reconquistar las libertades que esos déspotas le han arrebatado, especialmente la religiosa y de conciencia. Durante ese largo período los “Libertadores” se han cubierto de gloria y los tiranos no han logrado otra cosa que hundirse más en el cieno y la ignominia, al pretender ahogar en sangre los pujantes esfuerzos de un pueblo que los detesta y que está decidido a castigarlos”.

Pondera el largo manifiesto la actitud de los “Libertadores” (nombre que se daban los insurrectos, tanto como el de “cristeros), y dice que ella es tanto más asombrosa cuanto que han roto con las prácticas y procedimientos imperantes en México. No han tenido jefe supremo, ni caudillo, ni han exigido adopción de un plan: en país de incurable caudillaje y en donde planes y programas están a la orden del día como señuelo del pueblo. Todas las aspiraciones, todo el programa —prosigue el manifiesto— se dan en un grito santo que sintetiza la civilización y la libertad cristianas, y las bases mismas de la patria y la nacionalidad: “¡Viva Cristo Rey!” y “¡Viva la Virgen de Guadalupe!”.

Pese a la falta de jefe hubo en la rebelión contra “la oprobiosa tiranía de Elías Plutarco Calles y sus secuaces” un órgano que la encausaba: la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa. Pero finalmente, esa Liga había decidido dar jefes visibles al movimiento. Así, Gorostieta había sido designado Jefe Militar del Movimiento Libertador y había sido

investido de las facultades de Hacienda y Guerra, con el compromiso de acatar al Jefe Civil cuando éste se designase.

El manifiesto del nuevo Jefe Militar sintetizaba los objetivos de la rebelión en estos términos: "Desconocer los poderes usurpadores, nacional y de los Estados; restablecimiento de la Constitución de 1857 sin las leyes de Reforma, y con el agregado de las modificaciones que exigió el "plebiscito nacional de 1926", respaldando el curso formulado por los ilustres preladados mexicanos, con fecha 6 de setiembre del mismo año y las ampliaciones contenidas en el "Memorial de los Católicos" presentado a las Cámaras el 3 de setiembre de 1928. El cierre del documento se daba en el triple símbolo: "Dios, Patria y Libertad".

La brutalidad con que el gobierno llevó adelante la represión fue innegable. Las policías bravas del "turco", como le decían a Calles, torturaban y asesinaban a los católicos que caían en sus manos, y el propio Ejecutivo se encargaba de destruirlos con los juicios sumarísimos y el fusilamiento. No sólo los escritores cristeros, sino los testigos insobornables, como Azuela —que no pueden ser tildados de parciales— dan cuenta de esa etapa luctuosa de la Revolución Mexicana, y Graham Greene ha dado forma artística al martirio del Padre Pro, que recuerda en "Caminos sin ley", en la figura atormentada del héroe de "El poder y la gloria". Vamos a transcribir algunos pasajes ilustrativos.

Fernando Robles, el escritor cristero cuyas obras se editaron fuera de México, de donde debió expatriarse, dice en "El santo que asesinó", subtítulo "Vida, crimen y calvario de José de León Toral" (Buenos Aires, Talleres Gráficos "Juan Perrotti", 1936):

"Pero ahora las iglesias están cerradas y como los sacerdotes se negaron a inscribirse de acuerdo con las disposiciones del gobierno que los quiere limitar a un número tan reducido que en realidad significa la destrucción de la Iglesia Católica, los fieles se ven obligados caminar de un lado para

otro en demanda de un refugio pasajero donde se pueda celebrar ocutamente una misa" (pág. 123).

"...y los callistas, por su parte, necesitaban lavarse las manos en los católicos, fraguando una tenebrosa conspiración de iglesia que justificara de golpe la persecución a la religión y que le suministrara un pretexto, la defensa de la Revolución en peligro, para seguir en el poder..." (pág. 276-77).

"Con motivo de los repentinos allanamientos de la policía que frecuentemente sorprenden estas misas de contrabando, son ya centenares los sacerdotes que están presos y muchos más los simples feligreses..." (pág. 123).

"La policía intervino a golpes despiadados de garrote contra todo el que manifestaba alegría por el triunfo católico" (pág. 130). Se trataba del triunfo en un partido del fútbol entre equipos de dos colegios secundarios, uno de ellos católico.

"Por lo mismo esa noche la catedral estaba pletórica de mexicanos confundidos sin distinción alguna de categorías en la aflicción común de las desgracias de la Patria avasallada por la Revolución y de su Iglesia profanada por primera vez en cuatro siglos de existencia". (pág. 133).

En las páginas 145 y siguientes da cuenta circunstanciada de la ola de persecución desencanada con todo el peso del aparato estatal en todos los estados mejicanos. Tomamos una sola cita, por no abundar en el uso de un texto que está, todo él, cargado de testimonios:

"El 28 de octubre comunican al N. C. W. C. News Service de los Estados Unidos: "Por orden del jefe de las armas de la ciudad de Colima fueron ahorcadas cinco señoras por el delito de repartir hojas de propaganda católica. Las ramas de los árboles de la alameda llamada "Piedra Lisa" fueron el sitio público escogido para colgarlas, con el fin de intimidar a los valientes católicos de Colima, que fueron los primeros en dar el ejemplo del boycott para la defensa en su fe. Las señoras pertenecían a las principales familias".

Y en la página 164, al ocuparse ya del levantamiento cristero, dice Robles:

“La sublevación, empero, no podía triunfar sin dinero, mucho dinero. Esta vez no había banqueros ni petroleros extranjeros dispuestos a jugarse unos cuantos cheques en el albur de la sublevación popular, porque sabían que en caso de triunfar el movimiento ya no habría privilegios para ellos, sino que se cumplirían precisamente con sus intereses los ideales de justicia social y de liberación económica que habían gestado la primitiva Revolución, ahora copada por sus propios caudillos. Ellos, los dueños de las riquezas mexicanas, tenían que jugar la carta del gobierno, y así lo hicieron; necesitaban un hombre fuerte, responsable de la seguridad de sus intereses, de lo pactado primero con Warren y luego con Morroy, los dos modernos conquistadores de México”.

XII

Descartemos la pasión, el fanatismo cristero del autor mencionado, aunque el hecho de que una editorial de izquierda, como “Claridad”, fuese la que publicó “La Virgen de los Cristeros” parecería demostrar la autenticidad de los ideales antiimperialistas que Robles declara; y quedémonos sólo con el hecho cierto, indudable, de la ola de barbarie desatada por el gobierno de México contra la Religión, el clero y los creyentes.

Bastará leer las páginas de los diarios argentinos, (por ejemplo “La Prensa”, que por su estirpe liberal no podría considerarse “comprometida” con la causa católica, y menos en esos años) para alcanzar una visión de los días trágicos que se vivieron en México.

El testimonio de Graham Green (cuya actitud frente al actual proceso de Cuba revela su independencia de juicio), muestra hasta qué punto se exacerbaron las pasiones, sin du-

da por culpa de unos y de otros, en esos años terribles. Vale la pena transcribir algunos textos de "Caminos sin ley", libro que, por otra parte, ni es de los mejores del autor, ni de los que gozan de nuestra simpatía: "Dos meses después de su desembarco (se refiere al del Padre Pro) el presidente Calles daba comienzo a la más feroz persecución religiosa conocida en país alguno desde la época de Elizabeth. Cerraron las iglesias; hubo que decir la misa en secreto, en casas particulares; administrar los sacramentos era un delito serio. No obstante, Pro administraba la comunión a unas trescientas personas por día; las confesiones tenían lugar en la oscuridad de las casas en construcción, los retiros en los garages". (pág. 19, edición de Criterio, Bs. As.).

Luego, después de señalar que al principio los hombres del gobierno permitieron la difusión de las fotografías del Padre Pro en los momentos de su asesinato legal, afirma que llegó a ser delito la posesión de esas fotografías, "porque tenían un efecto no previsto por Calles". Dice Greene:

"Porque México seguía siendo católico; sólo la clase gobernante —políticos y pistoleros— era anticatólica. Era una guerra —lo reconocían— por el alma del indio, una guerra en la que podían utilizar el ejército, formado esencialmente por indios, atraídos por la paga de un dólar diario. (También los individuos que componían el ejército eran católicos, pero es bastante fácil conseguir que un soldado ignorante no se entere de lo que está haciendo)". Y agrega, con respecto a la realidad que él vio: "Cuando llegué a México, hacía algunos años que Calles se había ido, exiliado por su rival Cárdenas, las leyes antirreligiosas todavía regían, excepto en un estado, San Luis Potosí, pero la presión de la población católica comenzaba a hacerse sentir. En la mayoría de los estados se permitía la reapertura de las iglesias —ahora propiedad del gobierno—, excepto las centenas que habían sido convertidas en cinematógrafos, oficinas de periódicos, garages. Los gobiernos de los estados permitían cierto porcentaje de sacerdotes, en rela-

ción con la magnitud de la población, que seguían desempeñando su ministerio. Esta relación era pocas veces más favorable que el uno por mil, pero la ley, especialmente en el Distrito Federal de la ciudad de Méjico, se cumplía con vigor muy relativo. Pero en otros estados la persecución subsistía. En Veracruz las iglesias siguieron cerradas hasta que a principios de 1937, en Orizaba, los campesinos se sublevaron porque habían matado a una criatura. En Tabasco, estado tropical de ríos, pantanos y bananeros, se decía que el dictador local, Garrido Cabanal, no había dejado una sola iglesia sin destruir, antes de huir a Costa Rica; no había un solo cura en todo el Estado. En Chiapas no había iglesias donde decir misa, el obispo estaba exiliado, y pocas noticias llegaban a esa región montañosa y mal conocida donde sólo corre una línea de ferrocarril, a lo largo de la costa, hasta Guatemala. En ninguna parte se permitía que los curas abrieran escuelas. Los programas educativos eran dictados en todas partes por el gobierno, de acuerdo con polvorientas directivas racionalistas; un materialismo de siglo diecinueve, que recordaba a Herbert Spencer y la "Thinkers' Library", las chaquetas de alpaca y las librerías de Ludgate Hill...".

Cuadro que recuerda la recidiva del liberalismo trasnochado del siglo XIX, que también tuvimos ocasión de vivir los argentinos hace pocos años y que todavía no hemos superado del todo.

Para completar el cuadro, y en busca de testimonios insospechables, recurramos una vez más a Mariano Azuela, acaso la voz más limpia y auténtica de toda la novelística revolucionaria. Son textos de "El Camarada Pantoja":

"Luego el espectáculo singular al que México se había acostumbrado ya: una docena de rufianes, conduciendo por en medio de la calle a otras tantas mujeres indefensas y llorosas, ancianos encorvados y niños azorados, a los antros oscuros, húmedos y hediondos donde Elías Calles y su verdugo principal, Roberto Cruz, castigaban a los católicos por el deli-

to de serlo, con multas mínimas de quinientos pesos a quienes podían darlos, o con un puntapie en el trasero o una bala en la cabeza a los demás, según el humor del momento". (pág. 759, edición del Fondo de Cultura Económica).

Como es natural, y también en la Argentina lo hemos visto, los resultados fueron contrarios al fin que se procuraba en las reducidas mentalidades de Calles y los suyos. Y dice Azuela:

"Nunca la religiosidad metropolitana recibió espolazo más saludable que la suspensión de cultos, provocada por el calismo".

XIII

Un proceso tan complejo, en cuanto a las relaciones del poder civil con los dignatarios de la Iglesia Católica, tiene que reflejarse en forma muy disímil en la prosa de los novelistas que han tratado en sus ficciones el tema revolucionario. Según su propia manera de pensar, según sus creencias y sus pasiones particulares, será el retrato que nos den de ese problema, y la toma de posición ante el mismo. Un liberal a ultranza, un partidario tenaz de la escuela laica con las características que tomó en México, no podrá ofrecernos de este problema, tan serio y complicado, la misma visión que un novelista "cristero", como se ha llamado en historias literarias a algunos de ellos, por conectarlos con la revolución de los cristeros en 1926. Y es lógico, que así sea. De modo que los testimonios literarios tendrán un muy relativo valor histórico; pero darán cuenta de la variedad de tipos, en personajes y en autores, de que se puebla la novelística mejicana del siglo XX.

Cuando se estudian los seres humanos que en ella aparecen, relacionados con el problema religioso, debe tenerse en cuenta que allí se espejan, no solamente las realidades captadas por el escritor, sino también el escritor mismo, cuya obra lo revela o denuncia en su calidad espiritual. Su propia posi-

ción ante el conflicto, da una imagen necesariamente deformada de éste, por mucho que el escritor intente la máxima objetividad.

Tomemos el caso de José Rubén Romero en sus *Apuntes de un lugareño*, y recordamos la formación espiritual de ese autor, el influjo de su padre, la participación que tuvo éste en el moviento revolucionario, sus opiniones liberales, para comprender el porqué de la predilección en la pintura de personajes del clero que son la representación acabada del ridículo, la inferioridad, la negación de todo espíritu cristiano. Así, por ejemplo, en el caso del Padre Casullitas: "Así le llamaban no se por qué los vecinos de Sahuayo. Entiendo que era de Guadalajara y él decía que estaba en el pueblo descansando, pero creo que sus superiores lo tenían allí castigado. Lo recuerdo perfectamente, después de tantos años, con una mezcla de burla y de desprecio, tal vez parecida a la que experimentaban las mujeres por el hombre que no es un macho completo. Modosito como una colegiala, con los ojos siempre bajos, el cutis granujiento y el hablar meloso y apagado".

Aún en la evocación de los recuerdos infantiles se advierte esa clara animadversión, ese lente que da la imagen que previamente se ha fijado: "Un bonete viejo... me servía para confesar metido en una cómoda desvencijada y para predicar sermones. Mi hermana diariamente me decía sus pecados.

—Acúsome de que le saqué la lengua a la abuelita.

—Pues te doy como penitencia que me traigas el pan de tu merienda.

El sistema de todos los curas".

Cuando encuentra un sacerdote con el cual puede simpatizar, no deja de señalar que es un caso extraño, "rara avis", como él dice:

"El cura Ortiz —bueno, sencillo y humilde— rara avis amante de su ministerio y del violín... Tronaba contra las beatas y las arrojaba del templo... Las santurronas no estaban

contentas con él. Tampoco los ricos lo tragaban porque decía.. que a Cristo lo habían colgado los aristócratas”.

Y se siente el sordo rencor de Romero contra el pueblo todo, porque la fe sigue firme a pesar de su descreimiento, y a pesar de los representantes poco dignos que hay entre el clero:

“Hasta el único liberal del pueblo un viejo doctor, que en todas las ocasiones alardeaba de incrédulo, que comía frailes y regoldaba monjas, exclamaba muy a menudo: “Yo soy ateo, gracias a Dios y a nuestra Madre Santísima de Guadalupe”.

En Mariano Azuela, cuya formación es bastante similar a la de José Rubén Romero, y que actuó él mismo en las filas revolucionarias, como ya sabemos, tenemos, en *Los caciques*, una presentación feísta del clero, no de su totalidad, pero sí de una parte que está directamente vinculada con la burguesía, que es burguesía ella misma, y como tal cómplice de sus apetitos y de sus maquinaciones contrarrevolucionarias. En las pinturas de las ceremonias religiosas hay ya, desde la elección de los términos, una determinada intención burlona:

“La pareja entra en el templo; sus pasos resuenan en la lobreguez fría de las bóvedas. Se adivina el púlpito; un padre masculla aburridamente el rosario y una docena de entapaladas le contesta con rumor monótono y desfalleciente. En el altar, a la incierta luz de una lámpara de aceite, se esfuman las vestiduras moradas de Nuestro Padre Jesús del Calvario”. (cap. III).

“Y don Ignacio no se cansa de dar las gracias hasta que, por fin, los padres cogidos de las caudas, uno tras otro, dan las tres vueltas de ritual en torno del difunto para ahuyentar al diablo”. (cap. 1).

“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nos el tu reino...” gangorea el sacerdote” (cap. III).

Y vemos clérigos que esperan de la Revolución un cambio favorable a ellos, que les devuelva muchos de los "derechos perdidos":

"El señor cura miró a los que le rodeaban y habló con mansa sonrisa:

—No repruebo en absoluto esta revolución, porque podría devolvernos muchos de nuestros derechos perdidos; pero la Iglesia y Dios Nuestro Señor serían honrados si al frente de este movimiento no estuviera ese pobre hombre de Madero que no sólo lleva la lepra del libre pensamiento, sino también la de masón, espiritista... ¡Qué se yo cuántas cosas más!" (2ª parte, cap. II).

Pero como la esperanza de recuperar los "derechos perdidos" es remota, y como añora el tiempo del porfiriato, se lanza a la conspiración y echa leña en la hoguera contra-revolucionaria:

"El padre Jeremías dejó su asiento para venir junto a su amigo el de "La Carolina". Se sentó a su lado y le recitó al oído con gran calor: "Sustentadme con frascos de vinos, corroboradme con manzanas, que estoy enfermo de amor!"

Y el dueño de "La Carolina" le aseguró que tenía unas amiguitas muy "faines" y que bien podrían ir a visitarlas enseguida. Se siguieron copitas y se habló mucho de anarquía, libertinaje e impiedad; de las chispeantes caricaturas con que la prensa se llenaba, aludiendo a la ridícula figura moral y física del presidente *Pinguica*:

"—¡Ah, hay que disculpar al señor Madero de que atienda debidamente la cosa pública!... ¡Tiene tanto que hacer con los espíritus chocarreros!

—¡Ja... ja... ja...! ¡Qué oportuno es usted, señor cura!... ¡Ja... ja... ja...! ¡Ja...!

Todos rieron hasta caérseles las babas.

—El triunfo será presto el de los buenos —clamó el padre Jeremías, ya con la capa española y el sombrero en las manos. Se despidió y del brazo del dueño de "La Carolina",

salió a la calle, encendidos los carrillos y trémula la voz, recitando otra vez: “sustentadme con frascos de vino...” (2ª parte, cap. V).

“Está usted en un error juzgando como un crimen la ejecución de Madero —intervino el padre Jeremías—. El mismo regicidio está aprobado por la Iglesia, como puedo demostrarlo. Los sapientísimos padres de la Compañía de Jesús han sostenido brillantemente esa tesis... Pero, ¡que digo! todos ustedes, como perfectos católicos cultos, conocen la primorosa obrita del padre Sarda y Salvani. Se puede lastimar, herir, matar, todo lo que uno quiera, si eso redunde en nuestro propio bien y *Ad Majorem Dei Gloriam*”. (2ª parte, cap. XV).

Pero, por aquello de “salvar la ropa”, debe ocultarse esa participación, para evitar contingencias futuras, en caso de fracasar:

“—A ustedes mismos, señores eclesiásticos —dijo el Gerente del Banco— por razón de su sagrado ministerio, les está prohibido tomar parte de una manera ostensible en los trabajos del Partido. ¿Y qué? ¿Son por eso menos pingües los frutos que su silenciosa labor va a cosechar?

El señor cura sonrió y apuró con fruición el resto de su copita”. (2ª parte, cap. V).

También está presente en la obra de Azuela el católico oportunista, el que antes estuvo en una fracción, luego en otra, a medida que ellas van alcanzando el poder:

“Ningún supremo mandatario civil o eclesiástico; ninguna esclarecida personalidad en el mundo de las letras, de las artes o de las ciencias, había pasado por la población sin haber escuchado la cavernosa y solemne palabra de Felicitos.

Justamente lo que hizo observar Rodríguez en voz baja a su vecino de asiento. ¡“No es ese señor el que entona himnos al Sagrado Corazón de Jesús en la fiesta escolar del señor cura, el mismo que hace un mes recibió de rodillas a Su Señoría Ilustrísima, entonando piadosa jacularia y mere-

ciendo el honor de ocupar un asiento al lado del alto dignatario de la Iglesia?"

Al punto, Crispín que lo oyó todo, repitió sus palabras en voz alta.

Se levantó un rumor de protesta. ¿"Y eso qué tiene que ver? Aquí todos *semos* católicos. ¿Es envidia o caridad?" (2ª parte, cap. I).

Hay, en las palabras que pone el autor en los personajes, una clara intención de divorciar a la Religión de la Revolución y hay, frente a eso, el rechazo de la masa que no ve oposición alguna entre ambas cosas, ya que Religión y Revolución tienen la misma raíz de justicia. Pero está también, nítida y tajante, la crítica de la farsa religiosa, la del cristianismo de apariencia, que puede serlo de comunión diaria; pero no tiene el espíritu esencial de la piedad, porque está lleno de egoísmo y avaricia:

"Y descargado de un enorme peso, don Timoteo regresó a Capuchinas a terminar sus oraciones, que dijo con mucha devoción, al mismo tiempo que calculó el negocio de cincuenta latas de manteca que había embarcado esa tarde para Torreón". (1ª parte, cap. III).

Los textos que acabamos de citar, un poco al acaso, prueban que en la entraña de la Revolución, al menos en la de los intelectuales y "esquemáticos" que la dirigían, alentaba ya un fuerte sentimiento antirreligioso. Martín Luis Guzmán, en *El águila y la serpiente*, evidencia el descreimiento que iba penetrando en los jefes, el rubor de confesarse creyentes que invadía a algunos; el coraje de Iturbe, por ejemplo, que lo superaba:

"Iturbe se ruborizaba de que sus compañeros de armas o de ideales poéticos lo vieran entregado a construir, por mero impulso religioso, como simple acto de fe en la potencia divina, la escalinata de una Iglesia; pero contra todo rubor, la construía.

Aquel detalle pintaba al general Iturbe de cuerpo entero. Lo pintaba, salvo para unos cuantos imbéciles, con líneas y colores favorabilísimos. Porque era un hecho que muy pocos se habrían atrevido entonces a confesar en público sus creencias religiosas, en el supuesto de tenerlas o de conocerlas. El ambiente y el momento otorgaban prima a los descreídos: el deber oficial casi mandaba, o daba por hecho negar a Dios. Don Venustiano que con la mitad de su persona soñaba con parecerse a Don Porfirio, soñaba más aún, con la mitad restante, en parecerse a Juárez. De ahí su afición a representar el papel de gran patricio en las ciudades fronterizas, lo cual no dejaba de ser mala copia de lo que al Benemérito le impuso la necesidad, y de ahí también otras imitaciones, éstas menos defendibles, como el restablecimiento de la Ley de 25 de Enero, en cuyo nombre se cometían, pese a no ser Carranza propenso a matar, asesinatos in calificables. En punto a política religiosa, la inclinación del Primer Jefe a ganarse determinado pedestal en la Historia marcaba el paso: quienes lo seguíamos, o parecíamos seguirlo, nos jactábamos de un jacobinismo, de un reformismo de edición nueva y contenido mayor”.

XIV

La lucha entre el poder civil y el clero fue en México muy enconada, desde los días de la Reforma, que en el siglo XIX engendró una lucha armada de otros tres años. Los propios defensores de esa Reforma, como el ensayista Justo Sierra, cuya personalidad goza de enorme prestigio en México aún hoy, y la tuvo durante todo el proceso revolucionario que se abrió en 1910, a pesar de haber sido ministro de Porfirio Díaz, destacan sin quererlo la inhabilidad y el jacobinismo que alentó a los “reformistas”.

En su obra “Evolución política del pueblo mexicano”, dice Sierra (Cap. II del libro 3º, primera parte): “La razón

inmediata de los reformistas estaba en la cuestión del Patronato; el Papa había anatematizado la independencia e ignorado la nacionalidad nueva, luego había tratado con ella extraoficialmente y había provisto las sedes vacantes; el gobierno mejicano había creído poder proponer obispos e ingerirse en el gobierno de la Iglesia como heredero del rey de España; el Papa y los obispos, con sobrada razón, habían dicho: "No, el privilegio era personal de los reyes, y era intransmisible y perfectamente revocable por la Iglesia". Eso era evidente, y lo era un poco menos, pero de seguro controvertible, que habiendo el rey, en compensación de ese privilegio, colmado a las iglesias americanas de privilegios parciales, constituido sus fueros (exenciones de impuestos y derecho de los individuos de ambos cleros de sólo poder ser juzgados por los de su clase) y permitiéndoles adquirir una inmensa riqueza territorial, que se basaba en donaciones directas de la Corona, el gobierno nuevo, a quien se negaba el patronato, debía considerarse en el caso de retirar los privilegios parciales, de suprimir los fueros y de recobrar en buena parte la riqueza territorial de la Iglesia".

"La sociedad estaba profundamente conmovida; el clero denunciaba al gobierno como resuelto a destruir la religión, y las funciones religiosas, para pedir la protección divina, y los lamentos de los profetas y los misereres se unían al profundo espanto que causaba la invasión del cólera, que las autoridades combatían con mil medidas de reclusión, de aislamiento y de silencio social, que daban aspecto pavoroso a las ciudades, desiertas en el día, iluminadas en la noche por fogatas de brea, a cuyo resplandor se veían transitar las camillas de la muerte, o los sacerdotes que llevaban aquí y allí penosamente los auxilios de la religión; el castigo del cielo era evidente, aquel gobierno impío atraía sobre la República las calamidades supremas; clamaba así la Iglesia y la sociedad sufría".

Cuando, veinte años después de los primeros intentos, la Reforma vuelve con mayor ímpetu a la escena, Sierra (que no puede excluir de su pluma la visión personal, anticlerical extrema, del conflicto) dice así (libro tercero, 2ª parte, cap. IV): "Por más que Comonfort tuviese un programa eminentemente conciliador y se nutriese con la esperanza de ir haciendo tragar lentamente la Reforma al País, los reactores hacían imposible su tarea. En honor de la verdad, el clero secular (el regular simpatizaba con la lucha civil, con excepciones marcadas) guardaba bien las apariencias, y los obispos procuraban cuidadosamente no dar pábulo ni a las protestas armadas ni a la guerra. Entre ellos se distinguía por sus bellas cualidades personales, por su talento y su "saber vivir", el obispo de Puebla, cuya diócesis era el centro de todos los conatos de rebelión. Cuando los soldados, llevando la bandera de la guerra de religión (religión y fueros), se apoderaron de Puebla, el obispo se declaró neutral y cedió a sus exigencias, dándoles recursos, porque eran el hecho organizado en forma de gobierno militar; hombre de temperamento ardiente y batallador, pero de alta sindéresis, el señor Labastida comprendió que vincular la suerte de la Iglesia, más que nunca amagada por los planes reformistas, al éxito de una asonada militar, era insensato, y que la verdadera conveniencia del clero consistía en apoyar al débil, bondadoso y tímido estadista que ocupaba la presidencia; pero después del atentado criminal que había costado tanta sangre, Comonfort se vio obligado a ponerse del lado de los reformistas, procurando neutralizar en lo posible la severidad de las grandes determinaciones que fue preciso dictar. Los bienes del obispo de Puebla fueron secuestrados, para atender con su venta a los gastos de la guerra, y el obispo lanzó una protesta tras otra".

Se advierte, en esta evocación histórica, cómo los extremistas de la Reforma fueron ganando la partida. Así dice Sierra: "El Congreso, dominado casi siempre por la influencia de los reformistas radicales, se mostraba completamente

refractario a la política conciliadora del presidente, que era como la lanza fabulosa que curaba las heridas que hacía, y que, a los grandes castigos en masa, hacía suceder perdones y amnistías parciales”.

Al fin, la desamortización de los bienes eclesiásticos, trajo la guerra civil, cargada de todos los excesos de las guerras de Religión, o de aquellas en que se levanta la bandera de ésta para defender privilegios no siempre confesables.

Ese proceso sangriento fue el que vino a repetirse en los años de 1926-29; era precisa esta señalación de antecedentes para explicar los excesos que se produjeron entonces, hijos de largas heridas anteriores y generadores de heridas nuevas, que todavía hoy no han cicatrizado del todo.

XV

El final de la lucha llegó en los días de 1929, durante la presidencia provisional de Portes Gil, posterior al asesinato de Obregón por José de León Toral, “el santo que asesinó”, según la denominación de Fernando Robles. Hacia Mayo de ese año se inició el acercamiento entre los prelados y el poder civil. Por conducto del embajador mejicano en Washington, el arzobispo de Morelia, Leopoldo Ruiz y Flores, solicitó audiencia al presidente Portes Gil. Y el 9 de junio los obispos de Querétaro, Veracruz y Papantla emitían sendas cartas pastorales en las que exaltaban la paz y la concordia entre el pueblo mejicano. Del 12 al 21 de junio se realizaron las conferencias entre el presidente provisional de la República y los obispos. Y el 26 del mismo mes, una nueva carta pastoral, del arzobispo de Michoacán, daba a conocer el arreglo concertado. Allí se lee: “Nuestra primera palabra al iniciar las pláticas con el señor Presidente, después de agradecerle su buena disposición públicamente manifestada en sus declaraciones de 2 de mayo de este año, fue la de indicarle cuánto

hubiéramos deseado que las Cámaras de la Unión, partiendo de la base de una amistosa separación entre la Iglesia y el Estado, hubieran aprobado las peticiones de los católicos para llegar a una resolución definitiva del problema religioso; porque de esta manera, recobrando la Iglesia su personalidad jurídica, con sus derechos y libertades de asociación, de culto, de enseñanza, de sacramento y de propiedad necesaria para su funcionamiento social, se remediarían eficazmente los males que deploramos, y sentiría la Patria las bendiciones de la sincera concordia entre el pueblo católico y el Gobierno". (En "Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana", tomo I, "Planes Políticos y otros documentos", Fondo de Cultura Económica, 1954; pág. 288).

Como no fue posible lograrlo, prosigue el documento, se intentó, al menos, "aceptar un reconocimiento oficial de su existencia de hecho y de la indispensable libertad para su vida social", y eso se consiguió "en tales términos, que han venido a salvar los principios y a permitir la reanudación de los cultos". Se afirma también que el Sumo Pontífice había dado su aprobación al acuerdo.

La versión suministrada por el presidente Portes Gil al Patronato de la Historia de Sonora, que se transcribe en el mismo libro citado arriba, difiere totalmente en la visión de los hechos. Sostiene que la lucha se originó en las declaraciones que hizo a un importante diario de la ciudad de México el arzobispo Mora y del Río, según las cuales desconocía de manera absoluta la Constitución General de la República e incitaba a todos los ciudadanos a su desobediencia; declaraciones ratificadas días después en la prensa internacional. Portes Gil atribuía, a la necesidad de defender su estabilidad contra los ataques que le fueron lanzados, las medidas adoptadas por el gobierno de Calles.

Manifiesta la declaración aludida de Portes Gil que los obispos se comprometieron a la reanudación de los cultos ajus-

tándose estrictamente a las disposiciones legales que eran, justamente, las que habían precipitado el conflicto.

Sea como fuere el baño de sangre cesó en ese año de 1929, y se puso término a una lucha carente de sentido ya que, como decimos, no puede haber ninguna clase de antagonismo entre la Religión y las intenciones renovadoras y de justicia que, al menos en sus declaraciones y sin duda en los mejores de sus hombres, tenía la Revolución Mexicana.

XVI

Decíamos que los daños, las secuelas del conflicto religioso de 1926-29, choque del jacobinismo (su diferencia con el liberalismo, entendido en puridad, la dejó bien explicada José Enrique Rodó en un luminoso ensayo) y el fanatismo de algunos sectores católicos que, con una posición intransigente, se cerraron a lo que había de positivo en el movimiento nacido en 1910.

Novelistas recientes, que refieren sucesos posteriores a la lucha religiosa, han dejado muestras claras de lo que fue el "laicismo extremo" negador de las creencias naturales del pueblo mejicano, que se implantó en los días de Elías Plutarco Calles, y los que siguieron.

En "El Bordo" de Sergio Galindo, se dice en el capítulo III:

"Al año siguiente y sin enterar a nadie hasta el último momento, Eusebio y Teresa se casaron. Fue en el otoño de 1926, el culto estaba prohibido. Una parienta lejana de Teresa se encargó de convencer a un sacerdote que los casó en la salita de la casa de huéspedes, ante la mirada severa —casi desaprobatoria—, de Joaquina".

Y en el capítulo IX del mismo libro se evocan los días de la enseñanza "laica y socialista" de Gabriel; enseñanza que recuerda las infantiles fórmulas de la U. R. S. S., que con

regocijo y fervor también infantil, describe Rodolfo Llopis en “Cómo se forja un pueblo”, por ejemplo, “el huerto de Dios”:

Hacia mucho tiempo que Gabriel no pensaba en sus años de Primaria, pero Lorenza siguió tarareando *El corrido del agrarista*, y trajo a su memoria esa época. Sucedió algo curioso: durante dos años cantaron:

*Ah! Ay! Ay!...
murieron muchos hermanos,
luchando por nuestro anhelo.
Que Dios los tenga en el cielo.*

Hasta que una mañana entró el Director —moreno, redondo, lustroso—, al salón de Actos y llamó a los profesores interrumpiendo el canto. Gabriel los vio y los escuchó discutir, elevar las voces, las manos. Finalmente se suspendió la hora de canto y se les adelantó el recreo en el que decidían el problema. Una hora de juegos, de carreras. El salón de clases otra vez. El profesor empezó a decir: “Escriban en su cuaderno *“El corrido del agrarista”* —lo dictó en voz alta, a pesar de que todos lo sabían de memoria—. Y entonces, ordenó la enmienda: en lugar de “Que Dios los tenga en el cielo”, debía cantarse: “¡ Qué digno ejemplo nos dieron!”.

No dio ninguna explicación del cambio y eso suscitó una serie de automáticas equivocaciones —de alumnos y maestros—, que terminó por poner fin a las clases de canto.

Gabriel sonrió: ¿A quién habrán destituido por el error? Porque indiscutiblemente había un culpable, o un imbécil que no se había dado cuenta de que ellos, “Los que florecerán en la era socialista” no creían en Dios...”.

Y poco después agrega: “Los que florecerán en la era socialista”. Gabriel recordó su primer día de primaria: un seis de enero de 1934. Después de pasar lista y de echarlas varias miradas inquisitorias y amedrentadoras, la profesora preguntó: “¿A quiénes les trajeron juguetes los Reyes Magos?” La

mayoría de los niños levantaron la mano, únicamente los más indigentes clavaron los ojos en el suelo, abatidos, inconformes. Entonces la profesora se puso a explicarles que los padres eran mentirosos, falsos, sucios... Que ella —todo el profesorado— estaba dispuesta a salvarlos de la perniciosa influencia de la familia. ¡Los “Reyes” no existen! ¡Dios no existe! ¡Sus padres son mentirosos! ¡Los engañan, los echan a perder!... Pero no a ustedes, ustedes tienen el privilegio de empezar con la nueva era. Ustedes son los que florecerán en la era socialista. Reinará la verdad, la equidad: Hijos míos (en gran súplica), no crean nunca en sus padres. Pero durante el recreo un niño afirmó que él había visto a los Reyes Magos, y que si la profesora decía lo contrario era seguramente por mala y fea, que entonces nunca había que creer en lo que ella dijera”.

Basta el ejemplo mencionado para comprender cuál era el espíritu de la enseñanza que el Estado mejicano proporcionaba. La pugna con el elemento católico de la población no ha concluido todavía —pugna que es mucho más importante que la mera lucha por intereses materiales— como lo prueba el hecho de que, aún hoy, está entablada en el asunto del “texto único”.

En el periódico “Mundo Mejor”, del 2 de junio de 1964, frente a las afirmaciones del presidente López Mateos de que para setiembre se habría repartido ya “100 millones de ejemplares de libros de texto gratuitos” se sostiene a nuestro entender con razón, que el texto único viola la Constitución y el derecho de enseñanza.

Por su parte, el presidente afirmaba, ante la oposición, que frente a “la creación del libro de texto gratuito que parecía destinada a obtener la adhesión inmediata de todos los mexicanos, se provocan las objeciones más tendenciosas por parte de un sector político que se ha caracterizado por su hostilidad sistemática a determinados principios fundamentales de nuestra Constitución”.

Se advierte claramente el juego de palabras; la oposición no es contra la "gratuidad" de los textos; sino contra los textos "únicos", es decir, contra el totalitarismo en la enseñanza. Por eso la Barra Mexicana de Abogados, en un estudio especial, afirma: "El establecimiento en las condiciones dichas del libro de texto, constituye un monopolio que lesiona al patrimonio cultural de la Nación y viola la prohibición expresa contenida en el artículo 28 constitucional".

Sólo hemos querido traer estos concretos para mostrar cómo, todavía hoy, mucho de la energía revolucionaria, que pudo emplearse en cumplir los grandes postulados de revolución agraria, de superación de los vicios políticos, de eliminación de los consorcios internacionales, de pureza gremial, postulados que, como vimos en anteriores capítulos, distan mucho de haberse alcanzado; mucho de esa energía se perdió en la lucha contra los sentimientos religiosos del pueblo, en procura de avalar banderas decimonónicas preteridas y retóricas.

Acaso habría que investigar a fondo hasta dónde, en esa desviación de los auténticos fines revolucionarios, estuvo presente la infiltración de los partidarios de los privilegios, del capital internacional y del imperialismo que siempre quiere frenar los anhelos de libertad de los pueblos hispanoamericanos.

LUIS ARTURO CASTELLANOS (Ayacucho 2154 - Rosario). Profesor en la Facultad de Filosofía de nuestra Universidad. Fue Presidente del Consejo General de Educación de Santa Fe. Ha publicado, entre otros trabajos, los siguientes: "La prosa contemporánea española". "Acotaciones a la obra de Azorín", "Aporte escénico de novelistas españoles" y "El cuento en la Argentina".